VACA PROFANA: ENSAYOS Y REVISIONES DESDE EL ENCIERRO - Serie Talleres Virtuales

VACA PROFANA: ENSAYOS Y REVISIONES DESDE EL ENCIERRO



Crónicas del taller virtual de Nueva Crónica
dirigido por Víctor Ruiz

VACA PROFANA: ENSAYOS Y REVISIONES DESDE EL ENCIERRO

Crónicas del taller virtual de Nueva Crónica
dirigido por Víctor Ruiz

Serie
TALLERES VIRTUALES

Primera edición digital, FCE, Perú, octubre 2020

Distribución mundial

© 2020, Claudia Incháustegui López
© 2020, Danitza Luján
© 2020, Gerardo Cárdenas
© 2020, Jorge Joffré Lucero
© 2020, Leyles Rubio León
© 2020, Patricia Bohórquez
© 2020, Victor Hugo Morales Meléndez
© 2020, Víctor Salazar Yerén
© 2020, Yasser Zola
© 2020, Zad

D. R. © 2020, Fondo de Cultura Económica del Perú S. A.
Berlín, 238; Miraflores, Lima 18
www.fceperu.com.pe

Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

Compilador: Víctor Ruiz
Producción: Productora Odiseo
Diseño y diagramación: María Adelaida Turpo Córdova
Corrección de estilo: Martín Barrera Tello
Ilustración de portada: © Daniel Maguiña

ISBN: 978-612-4395-14-7
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2020-07159.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra -incluso el diseño tipográfico y de portada-, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos .

Índice

Presentación.....8
Prólogo 9

Claudia Incháustegui López
Ella es inmune al dolor.....13

Danitza Luján
La línea entre la vida y la muerte 28

Gerardo Cárdenas
Bach en la avenida 36

Jorge Joffré Lucero
La alegría de correr solo en la naturaleza.....51

Leyles Rubio León
La sangre pura de Miguel Mena.....60

Patricia Bohórquez
Vida de malabares 72

Victor Hugo Morales Meléndez
Rescate en el Perú.
Turismo en tiempos de pandemia 82

Víctor Salazar Yerén
Señales en el cerro.....99

Yasser Zola
Repaso.....106

Zad
Yo no le tengo miedo al trabajo 118

VÍCTOR RUIZ

Cuenta con una experiencia de más de quince años en el sector. Sus sellos Lustra Editores y Santuario Editorial marcaron un hito en la edición independiente de la región. Ha editado y publicado poesía, cuento, novela, ensayo y textos académicos y brindando asesoría a diversas instituciones privadas y estatales. Ha llevado estudios de maestría en Estudios Culturales en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y Literatura Infantil y Juvenil en la Universidad Católica Sedes Sapientieae. Cuenta con diversas publicaciones y realizó una antología del cuento peruano en 2015. Además, ha escrito para diversos medios nacionales e internacionales y, en la actualidad, se encuentra terminando su perfil acerca de uno de los fundadores de la televisión peruana, proyecto que escribe al alimón con el periodista Carlos Paredes.

Presentación

Promover la literatura y la cultura es la razón de ser del Fondo de Cultura Económica, y más aún en tiempo difíciles como los que estamos pasando por la pandemia de la COVID-19. Hoy nos renovamos en todas nuestras actividades de promoción de la cultura.

El presente libro es producto de los talleres virtuales organizados por el Fondo de Cultura Económica, espacios de encuentro de escritores de renombre con personas que desean explorar sobre la creación literaria en sus distintos géneros. Los textos publicados en este libro virtual pertenecen a los alumnos de los talleres, quienes nos acompañaron en sesiones virtuales donde además de aprender, fueron trabajando sus textos con la guía de nuestros escritores. El Fondo de Cultura Económica se complace en presentar este libro virtual de descarga gratuita en medio de una pandemia, como símbolo de la resistencia cultural y del amor por la literatura. Además de presentar con entusiasmo a estos nuevos autores en la escena literaria.

Gustavo Rodríguez Elizarrarás
Director Fondo de Cultura Económica Perú

Prólogo
John Connor deja la radio y se pasa al Zoom

En julio, en medio de una pandemia, el Fondo de Cultura Económica me invitó a dar un taller de crónica, y yo acepté, desde luego. La experiencia de hacer estas clases virtuales suponía —en su mera logística de producción— la posibilidad de habitar el futuro avistado en la niñez a través de series y películas de ciencia ficción en las que las llamadas incluían imágenes en tiempo real de los interlocutores, siempre sobrevivientes de una catástrofe global. Para alguien que tuvo la oportunidad de guarecerse de la pandemia en una casa con la refrigeradora llena, agua caliente, una biblioteca y canales de televisión por cable y *streaming*, esto no pasó de ser una especie de juego perverso, la infantilización de una tragedia —siempre de otros— para hacerla más llevadera.

Y nos encontramos. Casi veinte individuos que podían constituirse en un grupo de apoyo para calmar las cuitas clasemedieras o una facción

atenta a leer bajo la costra de la sensibilidad que nuestras circunstancias van tejiendo sobre la piel hasta hacerla impenetrable. Desde luego que lo segundo era lo deseable, pero también lo menos viable. Necesitábamos volver a aprender a leer la realidad, a ser conscientes de nuestros privilegios y vicios, de nuestra medianía. Necesitábamos dejar de estar enamorados de nuestras palabras, y de nosotros mismos, al menos del modo condescendiente en que aprendimos a hacerlo. Fue difícil para todos, pero al final pudimos avanzar unos cuantos pasos respecto del (cómodo) lugar en el que nos encontrábamos cuando iniciamos.

Por esa razón es que para mí es un verdadero placer presentar este libro como prueba irrefutable de ese devenir. *Vaca profana: ensayos y revisiones desde el encierro* es el testimonio de un momento único en la vida de diez individuos que de haber habitado en los tiempos de Sodoma y Gomorra hubieran evitado su destrucción. Diez hombres y mujeres justos y justas que hoy son mejores escritores y escritoras que antes. Porque también son mejores lectores. El título de este libro es un homenaje a Julio Villanueva Chang, quien estuvo presente en el taller a través de una clase magistral. Pero tuvimos otros invitados tan generosos y

notables como él: Lorena Álvarez, Renzo Gómez Vega, Joseph Zárate y Juan Manuel Robles nos regalaron algo de su luz en medio de algunas de las noches más oscuras. A todos ellos les estamos muy agradecidos.

Más que un taller de escritura, mi idea era enseñar un método de lectura crítica que ayudara, a quienes se inscribieron, a ser conscientes de la necesidad de la autocrítica como premisa fundamental para alguien que decide hacer público lo que escribe. Esta es imposible si se ha leído poco o si no se ha leído nada. Por eso es que leímos más de cuarenta crónicas ejemplares, además de textos de filosofía y arte. Se dice que las palabras están sobrevaloradas y que lo importante es la acción. Yo me permito dudar de esa sentencia, lo que sobran son las palabras, las palabras huecas que no dicen nada, había que aprender a darles un valor y, lo creo firmemente, este libro es la prueba de que conseguimos nuestro propósito.

Vaca profana: ensayos y revisiones desde el encierro no es un libro de perfiles, pero está cerca de ello. Así lo demuestran "Ella es inmune al dolor", el texto de Claudia Incháustegui López, "La línea entre la vida y la muerte", de Danitza Luján, "Bach en

la avenida", de Gerardo Cárdenas, "La alegría de correr solo en la naturaleza", de Jorge Joffré Lucero, "La sangre pura de Miguel Mena", de Leyles Rubio León, "Vida de malabares", de Patricia Bohóquez, "Rescate en el Perú. Turismo en tiempos de pandemia", de Víctor Hugo Morales Meléndez, "Señales en el cerro", de Víctor Salazar Yerén, "Repaso", de Yasser Zola, "Yo no le tengo miedo al trabajo", de Zad, textos en los que la mirada de quien escribe y aquello que muestra a través de sus palabras se entremezclan con la justicia y precisión que reclamaba Martín Caparrós para la crónica, que no es otra cosa que el relato de aquellos que se fueron y volvieron para dar cuenta del mundo que descubrieron.

Víctor Ruiz

Ella es inmune al dolor

Claudia Incháustegui López

Cristina despierta todas las mañanas con el mismo dolor en el ojo derecho. Son cuatro los meses en que ningún coctel de medicamentos ha podido aplacarlo. Cuando lo abre ingresan los destellos que la invitan a volver a cerrarlo, sabe que no se los podrá sacar de encima, que por el momento son compañeros imprescindibles de esa niebla característica con la que suele distinguir los objetos que observa desde hace cuatro años. Hay una rigidez en su cuerpo que a la vez le impide pararse de inmediato, si lo intenta aparecerá un dolor en la espalda, las manos, el cuello, los hombros, las piernas. Levantarse de golpe sería algo similar a un intento de suicidio. Por eso se toma el tiempo de esperar a que esa tensión matutina desaparezca de su cuerpo y se quede con ese punzón profundo en la parte lateral del globo ocular que aprendió a soportar sin llanto. Aunque lo cierto es que, si lo intentara tampoco podría pues sus lacrimales desgastados ya no producen lágrimas. Cristina ya no llora hace mucho, la última vez fue cuando le confesó a su novio lo que tenía y él no se sintió capaz de seguirla también en la enfermedad. Cristina

respira para controlarse. Pasados los minutos se sienta en la cama y se estira suavemente, levanta los brazos. Inhala, exhala, inhala, exhala, inhala... Desearía que ese rayito de luz jamás hubiera entrado por la ventana para no pararse y enfrentarlo, pero se tomará al menos una media hora mientras –inerte–, espera a que la tensión disipe en su cuerpo y ella recupere la fortaleza con la que cerrará la cortina e iniciará un nuevo día. Cristina sabe que hace lo que puede con su vista. Sabe que no ve o, mejor dicho, que ve hasta donde puede. Que la memoria es su mejor aliada desde que empezó esta desventura con su salud, ese lado débil que a la vez la volvió tan resistente a las agujas y dolores corporales que soportó desde muy niña. Cada día reza y le dice a Dios que, aunque esté lista, aún no es tiempo para perder la vista, alejarse de su mundo. Aún necesita tiempo para seguir viviendo de la creatividad y el asombro, así deba aprender abrazar el dolor.

Digamos que Cristina se ha vuelto inmune al dolor, es la frase que suele decirle a quienes emitan o muestren una expresión deseosa de explicación para entender por qué falta a clases, por qué se toma más tiempo de lo normal o trae los ojos inflamados y rojos al punto que necesita de unos

lentes oscuros para disimular la apariencia. La última vez que le controlaron el dolor fue en la clínica, a manos de un doctor que, para suerte de Cristina, sabía algo de su enfermedad en una provincia que carece de oftalmólogos especializados en casos similares al de ella. Le recetó una mezcla de medicamentos que apagarían el malestar. Un poco de Tramadol, Metamisol, Orfenadrina, Dexametasona para desinflamar y de yapa Diclofenaco. Más no se puede hacer, o quizá sí, pero es tiempo de pandemia, los seguros sociales del Estado solo tienen cabeza para enfermos por la COVID-19 y el único medicamento biológico que la estabiliza dejó de distribuirse en los pacientes con enfermedades raras del Perú desde que se declaró la Emergencia Sanitaria Nacional.

***

VKH. Síndrome de Vogt Koyanagi Harada. Ese fue su diagnóstico hace cuatro años. Acababa de despertarse. La misma rutina de una universitaria aplicada y dispuesta a cumplir cada punto de su agenda, como prepararse para el examen de Derecho Civil. El ánimo lo tenía a tope si no fuera porque distinguió una especie de culebritas color negro en el ambiente. Ellas estaban ahí,

moviéndose en cada lado donde dirigiera la mirada. Flotaban y se cruzaban entre ellas. Cristina se sobó los ojos, se lavó la cara, pero el intento era en vano, entonces se asustó. El primer oftalmólogo que la vio señaló que era una uveítis, una inflamación visual que afecta al iris y otras tantas partes de la vista. Ninguna explicación sobre esa enfermedad desaparecía el pensamiento que despertó en ella: "Me quedaré ciega".Cristina recuerda que ese día que supo su primer diagnóstico no pudo dormir, que lloró mucho, que lamentaba no tener una profesión ni dinero para costear los primeros pinchazos que recibiría en las pupilas dilatadas. Se quedaría ciega. Ya faltaba poco para terminar su carrera. Ciega. "Cómo diablos ayudaré a mis viejos". Ciega. "No podré tener hijos". Ciega. "Por qué yo". Ciega. Se suponía que ya había tenido bastante creciendo en un hospital y tratando su artritis reumatoidea juvenil.

Ningún tratamiento previo a su diagnóstico detuvo la enfermedad. Ecografías oculares. Tomografías. Análisis de fondo de ojo. Inyecciones en las pupilas que solo deterioraron su vista. Viajes a la capital en busca del oftalmólogo especialista en Uvea y enfermedades raras. Entre más se

experimentaba con ella, más se perdían sus esperanzas y luego de casi diez meses de estudios, entre tanto ensayo-error, tuvo un resultado de su real condición.

El VKH ha sido un compañero al que Cristina acostumbró a llevar a todo lado. Quien la observa pensaría que es una joven saludable, sin embargo, si alguien se atreve a hacerle un gesto o un guiño seductor, no lo notará a menos que alguien se lo diga.

La peculiaridad de este síndrome a diferencia de la uveítis es su nivel de daño. Es una especie de bestia interna que ataca al sistema inmune manifestándose de formas diversas como una alopecia, desprendimiento de retina, pérdida del oído, fibromialgia, o vitíligo, todas acompañadas de un dolor en la zona ocular que podría durar semana enteras y donde conciliar el sueño es imposible. Cristina ya pasó la fase de caída de cabello y deterioro de un oído. Tiene crisis de fibromialgia que producen la rigidez matutina y que debe apaciguarse con fármacos recetados por un psiquiatra. Combatir el VKH es casi imposible, no hay cura. Su tratamiento es un medicamen-

to cuya dosis en el mercado puede costar hasta tres mil dólares, donde el efecto será sedar a esta enfermedad impredecible y que hace lo que desea con el cuerpo de un paciente.

Cristina es paciente de VKH y ha recibido cerca de cincuenta inyecciones en los ojos.

Cuando recibió su primer tratamiento visual invasivo, se asustó. Esa experiencia inicial la tuvo a manos de una doctora que la recomendaron desde que acudió a su primera consulta oftalmológica en su ciudad esa vez que aparecieron los gusanos negros. Era de las más antiguas en el país llevando casos de uveítis. Sus colegas provincianos la consideraban una eminencia en estudios de enfermedades raras. Tenía a cargo el área de Uvea en el Instituto Nacional de Oftalmología. Sin embargo, esa mañana en la que Cristina escuchó que esa doctora la llamaba "cobarde" y renegaba cada vez que ella saltaba o le decía que "espere un momento" cada vez que la aguja se acercaba a la vista se dio cuenta que no estaba en las mejores manos.

Para recibir un tratamiento en las pupilas primero deben poner un par de inyecciones previas alrededor de los ojos que servirán como anestesia. El

procedimiento es casi quirúrgico. Hay una sala con una camilla, reflectores y materiales esterilizados. La paciente ingresa debidamente protegida y el médico de la misma manera. Cristina lo descubrió luego, pues al inicio recibió los primeros pinchazos en el mismo asiento donde la doctora revisaba a cada paciente, en presencia de su madre, sin bata, guantes o mascarilla ni protección que muestre la debida seguridad para sus ojos.

La doctora le pedía que mirara fijamente y que pensara en que no dolería. Tras varios intentos, la aguja de anestesia logró su cometido y posteriormente las pupilas dilatadas eran atravesadas por otra más grande y fina. El único detalle era que pasada la anestesia comenzaba para Cristina el trance del dolor. El hincón dolía cuando tenía abiertos los ojos y mucho más cuando los cerraba. Era como un calor interno que calcinaba el Cristalino, recorría la retina, Cuerpo Ciliar, atravesaba la mácula y se apoderaba del nervio óptico. Ese calor le generó intensas migrañas que solo apagó estando sedada. Recibir una inyección en los ojos fue tan invasiva al inicio que Cristina soportó durante un mes una visión borrosa que ya no solo tenía gusanos en el ambiente sino cucarachas flotando, y además de ello, mantuvo el contorno de

los ojos de color morado, como si hubiera recibido una soberana paliza a manos de malhechores. Fue un mes de asistir a clases con lentes oscuros, un mes expuesta a miradas, un mes a lecturas infinitas de leyes y códigos penales, procesales y civiles, agrandando la letra de la computadora, haciendo un mayor esfuerzo por distinguir cada palabra en papel y lidiando con la indiferencia de sus "amigos".

***

Cristina nació un día después del Día de las Madres, lo hizo por cesárea a los ocho meses y además de los primeros días, cuando las enfermeras le daban con jeringa algunas gotas que su madre extraía de esos pechos enormes, no volvió a tener lactancia materna. Su madre se culpó por no darle leche materna, piensa que es la razón de todos sus males. Cristina tuvo su primer acercamiento al dolor siendo aún bebé. Cuando cumplió un año y medio, apareció la fiebre y una coloración rojiza en las manos, piernas, espalda. Si algo le rozaba o la tocaban ella gritaba desesperadamente. Tuvieron que pasar casi tres años de ser objeto de estudio para diagnosticarla de un problema reumático. Desde muy pequeña Cristina conoció los

dolores que su cuerpo generaba y los dolores que los médicos le producían al extraer el líquido sinovial acumulado en las zonas inflamadas. Cristina pasó meses internada, entre agujas, crisis reumáticas, diagnósticos errados de un doctor que sugirió operarla para retirar ciertas articulaciones, y la privación de ser una niña alejada de los juegos normales de otros contemporáneos.

Cristina creció en el hospital, es la parte de su vida que menos menciona porque aún le genera un dolor emocional. Su madre se hizo amiga de las enfermeras a las que llamaba con mucho respeto "licenciada" o "doctora", solo para que le dieran una atención preferencial a su pequeña, y a ella una silla confortable en las noches. Su madre eligió a sus tíos paternos como sus padrinos de bautizo una tarde en la que llegó un sacerdote a ofrecer el santo sacramento a los niños internados. Era la oportunidad perfecta y a costo cero. Cristina podía pasarse días enteros con las vías intravenosas en las manos y brazos, todos inflamados y jugar cómodamente con los niños de ese cuarto que todos compartían. Tuvo la suerte de nunca pasar Navidad ahí, y de estudiar en el colegio toda la primaria con esos mismos amigos que aprendieron a acompañarla en los recreos o clases de Edu-

cación Física de las que ella había sido exonerada. Cristina siempre fue una niña temperamental, renegaba cuando tocaban sus cosas, esa parte de su personalidad le sirvió para que actualmente ella sepa de memoria cada objeto de su cuarto y ningún familiar se atreva alterar algo de su habitación, como por ejemplo sus medicamentos. Cristina tomaba hasta diez pastillas. Hubo un momento en el que su cuerpo rechazaba el sabor de éstas y las arcadas aparecían. El solo hecho de mirar el reloj y saber que debía medicarse la ponía mal. Cuando había dolor intenso en el cuerpo, las pastillas eran cambiadas por las inyecciones que evitarían la inflamación de una articulación. Cristina aprendió aguantar el dolor con solo cinco años. Cada vez que llegaba la enfermera a su casa, ella solo miraba cómo preparaban el medicamento y daba la espalda para recibir la inyección. Entonces cerraba los ojos y, como se lo había aconsejado su madre, pensaba en el último momento divertido que pasó en casa.

Hoy, cada vez que visita el hospital y se topa con un médico o enfermera, estos la reconocen como la niña de la artritis. No saben que ahora es la mujer con VKH.

Explicar su enfermedad es un nuevo dolor de cabeza para ella, pero debe hacerlo todo el tiempo. A sus compañeros de voluntariado, a las personas de la combi, de la cola del banco o supermercado que cuestionan por qué asiste a la ventanilla de atención preferencial si no es anciana ni gestante, también a sus maestros de la carrera de diseño de interiores que la felicitan por sus trabajos y la ven tan saludable. Basta que ella enseñe su carné de discapacidad para que el resto se calle. "Lástima que no puedo ver sus caras de vergüenza", dice. Se cuestiona por elegir una profesión tan demandante de los detalles y trazos, de los colores que tanto ama y que ahora distingue con esfuerzo. Pero su madre, quien aprendió toda su vida acompañarla al médico, ahora también se preparó como su asistente de diseño y en cada maqueta que harán juntas, los acabados finales corren por cuenta de ella. Cristina y su madre ahora hacen un buen equipo.

Su madre siempre le dijo que fue una persona aplicada en los estudios, por eso cuando supo de las enfermedades de Cristina, no dudo en investigar y empaparse de toda la información necesaria sobre medicamentos y enfermedades con tal de encontrar el tratamiento más efectivo para ella. Su

madre es su sombra. La acompañó en los últimos cuatro años cada quince días hasta la capital para recibir el Adalimumab, el medicamento biológico que necesita para mantener su enfermedad visual estable. En el tiempo que le llevó a Cristina entender su enfermedad fue su madre quien recibió las pullas cargadas de frustración. La fe de su madre la mantiene resistente a cualquier golpe, total, no hay peor dolor que el ver a un hijo sufriendo.

***

El dolor es una respuesta que nos permite entender al sistema nervioso. Es producido por un estímulo externo que empieza un viaje desde la médula espinal hasta el cerebro. Si lo trasladamos al caso de Cristina, ella vive con un dolor neuropático, considerado como el más crónico e inaguantable. Si el coctel de medicamentos que toma Cristina no hace efecto en ella, los doctores se verían en la obligación de someterla a una cura de sueño o realizar un tratamiento casi quirúrgico para apaciguar el malestar.

Si no fuera por la pandemia Cristina tendría un sistema inmune estable y solo esperaría cada quincena para inyectarse en el ombligo la dosis

del medicamento. Seguiría viendo borroso, mas no tendría esa sensación de fuego en los ojos que hoy soporta. Su ánimo le permitiría avanzar sus trabajos de dibujo y diseño sin objeción y con mejor resultado. Se tomaría el tiempo en concretar esa iniciativa de visibilizar su discapacidad invisible contactando a más pacientes como ella. Ahora todo se ha detenido, el dolor le llevó la delantera a su energía de 27 años.

Hace dos años, Cristina fue sometida a una operación en el ojo izquierdo. Le abrieron la pupila. Si en un ojo saludable, la pupila se observa redonda y respondiendo a la luz, en Cristina la suya no reaccionó a ningún estímulo de luz. Por el contrario, en lugar de abrirse comenzó a cerrarse. Tomó una forma alargada como la de un gato y junto a ello, su presión ocular tuvo niveles mayores a los normales. Fue por eso que los médicos encontraron una manera de controlar la presión: abrieron la pupila e introdujeron una válvula ocular en la parte superior de la vista. Si miras el ojo izquierdo de Cristina notarás una pupila en forma de flor y en el párpado un pequeño bulto de ese dispositivo que con el tiempo se movió e incrementó el dolor propio de la enfermedad.

La escala del dolor es la única manera en que los médicos pueden entender el nivel de dolor en una persona, sin embargo, no existe hasta ahora un método exacto para medirlo. La escala del uno al diez sigue siendo subjetiva y diversa, según el nivel de resistencia de la persona. Cristina tiene dolores que acumuló y han crecido con el tiempo, desde dolencias reumáticas, visuales, contracturas propias de la fibromialgia y las emocionales. Ella soporta el dolor cada vez que le preguntan la escala, y comparada a reacciones de pacientes con malestares similares al suyo, si ella dice: "cuatro", los médicos sabrán que el dolor es mayor a diez.

Cristina no te distingue si la encuentras en la calle, necesitas saludarla para que ella responda. Cristina quiere aprender Braille y escucha audiolibros. Cristina aprendió a mirar el lado positivo de la vida. Cristina escucha misa diariamente, necesita aferrarse a algo mayor y supremo, y Dios parece ser perfecto para su consuelo. Su nivel de dolor nunca será suficiente, aprendió a controlarlo, o eso es lo que ella cree. Cuando ya no lo soporta se queja suave y sabe que es tiempo de un nuevo coctel de medicamentos. Cuando el dolor cesa ella puede llamar

por teléfono a los suyos y decir constantemente: "soy inmune al dolor", aunque su sistema inmune viva al límite tal como ella lo hace estudiando, y confundiéndose con una mujer saludable y normal que disfruta los matices del atardecer de su ciudad.

La línea entre la vida y la muerte

Danitza Luján

Los médicos del laboratorio llegaron a casa de Gianina para que su esposo, su hijo y ella tuvieran el descarte de la enfermedad. Mientras esperaban los resultados, dentro de sí empezaba a formarse un sentimiento que la carcomía: la culpa. Sabía que ella había llevado el virus a casa y cualquiera que fuese el desenlace sería su responsabilidad. Las tres pruebas arrojaron positivo.

La diabetes con la que convivía Francisco lo llevó a ser el primero de la familia en acudir a un centro de salud. El chequeo general indicó que se quedaría internado para mantenerlo en observación.

Tres días después, mientras Gianina jugaba con Ernesto en el jardín de su casa, su esposo yacía en la soledad de una habitación de la clínica. En medio del juego el teléfono de Gianina sonó y desde el otro extremo de la línea alguien le anunció que Francisco había muerto.

¿Qué nos queda después de la muerte? ¿Nostalgia, llanto, recuerdos, duelo, vacío?

La muerte existe, vive entre nosotros pero somos indiferentes hasta que nos golpea en el corazón.

Gianina no pudo despedirse de su marido. No pudo decirle en vida por última vez lo que pensaba y lo que sentía. No creyó posible la opción de no volverlo a ver. La muerte le arrebató en tres días a su esposo sin poder darle un adiós definitivo.

"Las últimas horas son sin duda importantes. Pero, a menudo, la despedida comienza mucho antes", menciona Norbert Elias en su ensayo *La soledad de los moribundos*. Muchas personas mueren paulatinamente, se van llenando de achaques mientras envejecen y la familia se acostumbra a la idea de que la muerte está por llegar. Pero, qué sucede cuando pasa lo contrario, cuando la idea de la muerte existe solo en el imaginario colectivo como un acontecimiento que le sucede a otras personas con las que no se mantiene ningún tipo de vínculo. La muerte se hace indiferente nuevamente ante nuestros ojos.

¿Qué sucede entonces cuando una familia desaparece?, ¿quiénes los recuerdan?, ¿quiénes lloran por ellos? ¿Acaso el olvido se apodera de su memoria dejándolos desaparecer?

La forma en la que experimentamos la muerte es variable y específica en cada cultura, en cada sociedad. Elias afirma, lo que crea problemas no es el concepto sino el saber de la existencia de la muerte. La actitud con la que afrontamos el hecho de morir. Cómo morimos, cómo afrontamos la muerte, cómo sobrellevamos la memoria, los recuerdos y el dolor cuando la vida se corta de manera abrupta.

Gianina no tuvo tiempo de dimensionar lo que sentía. Debía volver a la clínica, firmar el certificado de defunción y llevarse el ataúd. Todo rápido porque así se lo pedían. No hubo velatorio, ni un espacio para que su familia comparta el llanto. A cambio de eso lo único que hizo fue dar aviso a través de una llamada a los hermanos, primos y tíos de su esposo para que estuvieran al tanto de la partida de Francisco.

Luego de haber enterrado el cadáver de su esposo, debía volver a casa, dormir en la habitación que compartía con Francisco, acostar a su hijo,

volver a la misma cama, al mismo espacio donde hace unos días atrás habían estado juntos. En apariencia nada había cambiado.

"No hay nada tan terrible como tener que enfrentarse a las pertenencias de un hombre muerto. Los objetos son inertes…están y no están allí, como fantasmas tangibles, condenados a sobrevivir en un mundo al que ya no pertenecen" narra Paul Auster en *La invención de la soledad* cuando visita la casa de su difunto padre días después de su muerte.

El hacerse cargo de las propiedades y todo lo que pertenecía a esa persona que se fue pierde valor en el momento que se convierten en objetos sin dueño. Producen un efecto conmovedor, pero al mismo tiempo horrible. Empiezan a revelar cosas propias de la existencia misma, de la vida cotidiana de esa persona, pero cuando la muerte llega, el sentido y la finalidad de cada una de estas se vuelven inútiles. Frente a esta realidad podemos escapar o asumir la carga emocional que conlleva enfrentarse a las pertenencias de un muerto para deshacernos de ellas.

Gianina no estaba lista para desprenderse de lo que había pertenecido a su esposo. Necesitaba habitar otro lugar donde no existieran objetos que le recordaran a Francisco. Al día siguiente,la hermana de Gianina los recibió en su casa, a ella y su hijo.

Dentro de todo, aún tenía decisiones que tomar, entre ellas, el decirle a Ernesto que su padre había muerto. Cómo se le explica a un niño la muerte. Cómo se le explica que la muerte es un proceso que forma parte de la vida por el cual todos los seres humanos pasan. Cómo se explica la futura ausencia de un padre en la vida de un niño. Las ideas del futuro invaden la mente de quienes tienen esta tarea por delante. Escoger las palabras más simples y sencillas resulta lo más complicado.

Ernesto, con seis años de edad, entendió que su padre no volvería abrazarlo, que se había ido al cielo como su madre se lo había contado. Después de eso, no hubo más que decir.

***

Era la primera noche que Ernesto estaba lejos de su madre, rodeado de niños desconocidos y sobre una camilla de un hospital. La fiebre de 41° con la que ingresó, descendió a cambio de los sedantes pero sus órganos habían sido dañados a causa de una infección general. Solo quedaba esperar su recuperación o su partida.

Era lunes 13 de julio al mediodía cuando su madre recibió la llamada del hospital informándole que hasta el sábado por la noche Ernesto había luchado pero no había logrado resistir. Reclamó al hospital la razón de la espera de dos días para comunicarle que su hijo estaba muerto, pero no obtuvo respuesta.

Dos semanas atrás, Gianina había enterrado a su esposo. Ahora debía volver al hospital para reconocer el cuerpo de su hijo.

"En vida, un hombre y su cuerpo son sinónimos; en la muerte, una cosa es el hombre y otra su cuerpo... La muerte lo cambia todo. Decimos "este es el cuerpo de X" y no "este es X". Ahora hablamos de dos cosas en lugar de una... el cuerpo no es más que carne y huesos, solo un montoncillo de materia" (Paul Auster).

La muerte es más que un cuerpo sin vida. Implica procesos y trámites burocráticos que ponen a prueba la paciencia y el temple interior para reconocer un cadáver o para firmar una defunción. Cuanto más tardas, menos tiempo queda para despedirse del cuerpo que habitaba la persona que ahora ya no está.

***

La mente no conoce vacíos. Busca consuelo en el recuerdo, en imágenes, anhelos, deseos. Atraviesa un periodo abrumador de soledad. No se trata de estar en compañía o no, sino del duelo personal que se vive internamente.

"...No se gasta, no está sometido a la usura, al tiempo. Caótico, errático: momentos (de aflicción/ de amor a la vida) tan frescos ahora como el primer día", define Roland Barthes al duelo en el diario que empezó a escribir un día después de la muerte de su madre.

El silencio en casa, las pocas ganas de conversar y su deseo de soledad hicieron que Gianina permaneciera en su habitación sin salir. No contestaba llamadas, ni mensajes. Quería estar sola o recordando a su esposo y a su hijo.

Era hora de cenar. Su hermano decidió tocar su puerta sin respuesta alguna. Insistió por segunda vez hasta forzar su entrada. Gianina fue encontrada con los ojos abiertos sin poder moverse. No podía hablar, solo movía los labios sin pronunciar palabra. Esa noche la cena quedó sobre la mesa mientras transportaban a la clínica a Gianina.

Su cuerpo aún estaba con vida. Su mente ya no. Murió el día en que enterró a su esposo. Murió el día que cremaron a su hijo. Murió el 12 de agosto en una camilla médica, a solas, mientras anochecía. Gianina y su familia habían empezado a morir hacía un par de semanas sin que pudieran hacer nada para evitarlo. Quizá su historia resuma la conciencia trágica de la vida, el absurdo de la muerte y la confirmación del vacío como una constante entre suspiros y respiraciones.

Bach en la avenida

Gerardo Cárdenas

La mano derecha sostiene el arco y flota como un bote en un mar sosegado. El brazo izquierdo rodea el instrumento mientras la mano navega sobre las notas de la melodía. El preludio de la primera suite de Johann Sebastian Bach es la obra para violonchelo más famosa del mundo. También es parte del repertorio de Roger Gonzales, el chelista venezolano que la interpreta a pocos metros del paradero de buses en la cuadra 23 de La Marina, una avenida limeña conocida por sus centros comerciales, restaurantes de comida rápida y bares de luces de neón y pisos pegajosos.

Sus recitales incluyen canciones de Daddy Yankee, Chabuca Granda, The Beatles y John Williams. A Roger le fascina la música clásica, pero son los temas populares los que llevan a la audiencia a dejar más monedas en el estuche del instrumento.

El "violín grande", como le suelen decir los transeúntes, atraviesa el ruido de los motores y bocinas porque tiene puesto un pequeño micrófono que amplifica su sonido. Las parejas se abrazan

con *Mi corazón encantado*, del anime *Dragon Ball*. Un vecino emocionado le pide tocar el tema que compuso Ennio Morricone para *La Misión*. Una vez, por encargo, tocó *Recuérdame,* de la película *Coco*. Roger cuenta que a los pocos segundos el peticionario ya estaba llorando.

De vez en cuando alguien le pregunta por clases particulares. El violonchelista se emociona: viene de un lugar donde la música clásica le cambió la vida a cientos de miles de personas.

***

La anotación está escrita en azul sobre las desgastadas partituras con la que Roger aprendió a tocar las suites de Bach: "El inicio. Imagina el sonido de las olas". La indicación es mover el arco sobre las cuerdas con la elegante espontaneidad de las olas del mar.

Roger cuenta que aprendió a tocar en su natal Trujillo, una ciudad de los Andes venezolanos conocida como la 'ciudad portátil': tras su fundación, cambió más de diez veces de ubicación por los constantes enfrentamientos que los pioneros tuvieron con indígenas de la zona. La música iba a llevar a Roger a cruzar tres fronteras y a cambiar

al menos cuatro veces su ciudad de residencia, pero siempre volvería a Trujillo para el nacimiento de cada uno de sus ocho hijos.

La madre de Roger, Agustina Aldana, trabajaba como asistente en la sastrería de una familia italiana aficionada a la música clásica. Él con solo diez años, pasaba tanto tiempo en esa casa acompañando a su madre que consideraba a los europeos su segunda familia. Con ellos conoció el sonido de violines, clarinetes y trombones. Le ofrecieron llevarlo a clases de música en una escuela cercana, pero él no se decidía por un instrumento.

Entonces le mostraron por primera vez las suites de Bach.

—Cónchale. Me enamoré a primera vista —cuenta el hijo de la ciudad portátil.

Con el apoyo de su familia italiana, el aprendiz ensayaba a diario con un instrumento cuya ausencia de trastes, vitales para un guitarrista, obliga al músico a confiar en el oído para ubicar el tono exacto. Lo sufren los entusiastas, como Gabriel García Márquez cuando intentó tocar el violonchelo del reconocido músico mexicano Carlos Prieto. Gabo —quien escribió que si solo pudiera

llevar un disco a una isla desierta, elegiría sin dudarlo las suites de Bach— presionó las cuerdas, frotó el arco… y produjo lo que Prieto llamó sin rubor "ruidos horrorosos".

Roger avanzó con el nivel básico y dejó la pequeña escuela local para ingresar a su tercera familia: el Sistema de Orquestas Juveniles e Infantiles de Venezuela. Fundado por el economista y músico José Antonio Abreu, el *Sistema* promueve la enseñanza masiva y gratuita de música clásica en barrios populares. Aprender Mozart puede cambiarle la vida a un niño que vive en un hogar marcado por la escasez. El proyecto es aclamado por posicionar a la Sinfónica Simón Bolívar entre las mejores orquestas del mundo, además de lograr que músicos venezolanos ocupen plazas en las sinfónicas más destacadas. Gustavo Dudamel, el egresado más famoso del programa, hoy es el director "superestrella" de la Filarmónica de los Ángeles.

Organizado en "núcleos" que albergaron más de 350 mil estudiantes, la institución inspiró a más de setenta países a iniciar proyectos similares. Simon Rattle, director de la Orquesta Sinfónica de Londres, ha dicho que lo ocurrido en Venezuela era lo

más importante que le estaba pasando a la música en el mundo. La mística del *Sistema* se resume en su lema: "tocar y luchar".

Cuando alguien le pregunta a Roger cómo está, él suele responder:

—Bien. Luchando.

Hasta antes de la crisis que el Gobierno de Nicolás Maduro ha producido, la prensa internacional se refería al *Sistema* como "el milagro venezolano". Roger se sentía parte del milagro al ofrecer sus primeros conciertos. Tenía veinte años, dos hijos, y temblaba de nervios cuando subía a un escenario. Pero una vez que empezaba a tocar, la música del chelo fluía con naturalidad. Se había convertido en un músico profesional.

Roger hizo maletas para recorrer la ruta del *Sistema*, un camino que lo llevó a la Sinfónica de Maracaibo, capital del vecino estado de Zulia. Después fue a Caracas para estudiar dirección de orquesta. Allí conoció al maestro William Molina, violonchelista principal de la Simón Bolívar y fundador de la Escuela Latinoamericana de Violonchelo. Molina escuchó su interpretación del concierto para chelo de Dvorak.

—Me dijo que deje lo que estaba haciendo y me dedique a ser solista —recuerda Roger.

La propuesta implicaba estudiar en el extranjero, ir a giras, saltar de un lugar a otro mientras su familia lo esperaba en Venezuela.

—Le dije que no, que me quedaba.

En cambio, aceptó el nombramiento como director de "núcleo" en una escuela rural ubicada a menos de dos horas de la frontera con Colombia. Una vez más preparó a su familia, que ahora contaba siete hijos. Se instalaron en Maracaibo, la ciudad más cercana a la escuela. Casi a diario, Roger viajaba sesenta y cinco kilómetros por una carretera que lo llevaba hasta el caserío donde se ubica la escuela primaria Ernesto Guevara.

—Yo, de verdad, no leí mucho la vida del 'Che'. No me gusta mucho el socialismo.

Los más de trescientos estudiantes, pertenecientes a la etnia wayúu, una comunidad indígena ubicada a ambos lados de la frontera, aprendieron desde lo más básico, aplaudir para llevar el ritmo, hasta cómo debe ser la postura ideal del arco para alcanzar un sonido constante y limpio.

Roger solía perder la noción del tiempo en los ensayos y se le hizo común regresar a casa tarde en la noche. El violonchelista no recuerda cuántas veces vio, durante ese trayecto, a los guerrilleros de las FARC, en fila de uno, armados, caminando al lado de la vía. El músico asegura que nunca le dio miedo.

Luego de más de dos años de prácticas, los alumnos alcanzaron el nivel como para presentarse en localidades importantes de Maracaibo. Roger muestra una fotografía al final de uno de los conciertos. Él, director de la orquesta, mira al público para recibir la ovación. Viste una casaca con los colores de la bandera venezolana. También la visten los niños detrás de él. Cargan sus violines, flautas, violonchelos más grandes que ellos. Los aplausos, los flashes, el confeti en el aire.

***

A Roger no le interesa la revolución bolivariana. Para él, el régimen de Maduro encarna la amargura de alejarse de su país, de su familia, porque un sueldo que antes podía alcanzar para un mes ahora se esfuma en tres días.

El violonchelista supo que la crisis había golpeado al *Sistema* cuando le comunicaron la cancelación del proyecto en la escuela 'Che' Guevara. Roger emprendió una nueva mudanza: se enroló en la sinfónica de Valera, la ciudad natal del maestro Abreu. Desde allí vio cómo la represión se ensañó con los músicos. Wuilly Arteaga, integrante de la Sinfónica Juvenil Simón Bolívar, denunció que la guardia republicana destruyó su violín durante una manifestación. También que ese mismo año, 2017, el Gobierno lo había encarcelado y torturado. El año siguiente se reportó que al menos treinta miembros de la sinfónica Simón Bolívar habían dejado el país. Dudamel se enfrentó a Maduro. Rattler dijo que cada vez que escucha lo que ocurre en Venezuela, le dan ganas de llorar. Arteaga voló a Nueva York, a tocar en la calle.

Cuando Roger decidió viajar a Perú, el régimen había provocado el éxodo de uno de cada doce venezolanos. Empujado por la crisis, el violonchelista que había rechazado una carrera de solista para estar con su familia vendió su auto, se despidió de su esposa y sus hijos, enfundó el chelo y subió a un bus que lo llevó a la frontera.

***

La primera orquesta a la que se integró en Perú fue un mariachi. No tocaba el chelo, sino un violín con el que interpretaba *Cielito lindo*. Roger había llegado junto a dos amigos músicos a Pucallpa, la capital de la región amazónica de Ucayali. Tocaba en almuerzos y bodas, en las que descubrió la particular simpatía del público por las canciones de *Dragon Ball*. También daba clases de música a un pequeño grupo de niños en una escuela. Pero la aventura de los mariachis venezolanos no duró mucho. Los eventos eran escasos, así que Roger hizo maletas y llegó a Lima a pasar la Navidad del 2018 en un hotel.

Un amigo suyo, guitarrista, le contó que cantaba en autobuses. Ganaba lo suficiente para sobrevivir en Lima y enviar cada semana entre 30 y 60 dólares a su familia. Convertidos a Bolívares, es una cifra que alcanza para alimentar a una familia numerosa.

Roger aceptó tocar a dúo en San Miguel, un distrito limeño de clase media que hace cincuenta años fue descrito por Ribeyro como un balneario excepcional por su buen clima. En su cuento "La ola", un grupo de vecinos fracasa en su esfuerzo por salvar a un ba-

ñista atrapado en un repentino y mortal oleaje. Hoy ya nadie llama balneario al distrito, y los nuevos vecinos viven de espaldas a un mar frío y gris.

En la zona comercial de La Marina, la más congestionada del distrito, Roger tocaba la melodía principal en el chelo y la guitarra hacía el acompañamiento.

—Yo decía: ¡Ay, Dios mío, cómo voy a tocar en la calle! —cuenta el músico que había vencido el pánico escénico hacía más de veinte años— Los primeros días no me amoldaba, me daba mucha vergüenza. Me sentía mal.

Eventualmente, el guitarrista volvió a los buses y dejó al chelista en La Marina.

—Y ahí me quedé. Y ahí seguiré hasta que pueda ir a ver a mi familia, porque ya llevo dos años que no los veo. Ya me toca.

***

Esta noche Roger no está sentado en la avenida, sino en la primera línea de los violonchelos, en el segundo lugar de derecha a izquierda. Viste un impecable traje negro y mira con atención cómo

el público del Lugar de la Memoria de Lima llora con la interpretación de *Alma llanera*.
La Sinfonía Migrante es una orquesta conformada por cerca de doscientos músicos venezolanos, egresados del *Sistema*, que huyeron del régimen de Maduro y ahora se reúnen para conciertos que sienten como reencuentros familiares. Hombres y mujeres que durante el día son cocineros, guardianes o repartidores, por la noche desempacan los sueños para interpretar música de belleza trascendental. Después del ensayo vuelven a sus quehaceres. Mañana será otro día para tocar y luchar.

Ocurre también en Miami, Buenos Aires, Bogotá, Medellín. En Perú, los integrantes de la Sinfonía Migrante buscan reunir a los estudiantes peruanos de maestros venezolanos para ofrecer un concierto que despierte el entusiasmo y motive la apertura de "núcleos" en los barrios populares.

—Es ambicioso, —dice Alexander Gómez, director de la Sinfonía Migrante— pero bueno, ya conocemos el camino.

***

En un día promedio Roger gana alrededor de treinta dólares. Alcanza para mandar y también ahorrar. A mediados de febrero del 2020 compró

un boleto de avión. El plan consistía en estar con su familia un par de meses antes de regresar a Perú. El músico apuntó la fecha del vuelo: lunes 6 de abril.

Tres semanas antes de su viaje, el gobierno peruano cerró las fronteras como parte de las medidas para enfrentar al coronavirus. También decretó la cuarentena total en Lima.

Sin público, Roger vivía con sus ahorros y buscó incursionar en las clases virtuales. Pero un mes después, por uso o por mala suerte, la primera cuerda del violonchelo, la del sonido más agudo, se rompió. El músico había planeado pasar abril con su familia, pero ahora estaba solo, sin ingresos, con un instrumento averiado y sin fecha de retorno a la normalidad.

Más de 700 mil venezolanos perdieron sus empleos durante la cuarentena. La cifra, estimada por la Defensoría del Pueblo, equivale a 14.4 veces la capacidad del Estadio Nacional de Lima. Los noticieros daban cuenta de desalojos de familias y tumultuosas caravanas que iban de retorno a la frontera norte. Roger quiso abandonar lo único que había sido constante desde sus días en el

Sistema: la enseñanza de la música. Perdió peso, ánimo. Pensó que no le quedaba otra opción. Decidió vender su chelo y volver a Venezuela.

***

Pau Casals, el violonchelista más grande del Siglo XX, dijo que las seis suites de J. S. Bach son "la esencia de Bach, y Bach es la esencia de la música". Yo-Yo Ma, hoy el chelista más aclamado del mundo, opina que la excelencia de la obra radica en que los oyentes sienten que los reconforta cuando estaban pasando por tiempos difíciles. Para Eric Siblin, escritor y periodista canadiense, el secreto está en la "armonía implícita", un mecanismo que consiste en "susurrar" una nota y pasar rápidamente a otra. El público completa la melodía en su mente, y de manera inconsciente escucha dos notas al mismo tiempo. Bach, quien quedó huérfano a los nueve años, había incluido a los oyentes como parte de su obra maestra. Las suites han sido interpretadas en homenajes a las víctimas del 11 de Setiembre y a las del genocidio de Ruanda. También en el funeral de Katharine Graham, la periodista y editora del Washington Post. Rostropovich las tocó en la caída del muro de Berlín.

Antes de la pandemia, Roger interpretaba las suites a diario. Durante más de un año, el violonchelista había llevado a La Marina un mensaje de aliento y consuelo. Ahora, en medio de una silenciosa cuarentena, quien necesitaba el salvavidas era él.

Roger preguntó a una de sus estudiantes si quería comprarle el chelo.

—Espere, profe —le respondió ella—, tengo una mejor idea.

***

El teléfono sonó. Una vecina le preguntó al violonchelista cómo estaba, y le pidió su número de cuenta bancaria: quería hacerle una donación. Las llamadas se repitieron a lo largo del día y durante el resto de la semana.

Un video de Roger tocando *Historia de un amor* junto a un pedido de ayuda y un número telefónico había llegado a un grupo de Facebook de vecinos de San Miguel. La publicación pronto tuvo comentarios.

"Hermoso. Me encantaba quedarme un rato a escucharle con mi bebé. ¿Vive en San Miguel?".

"¡Ohhh! Era lindo oírlo tocar la de Dragon Ball. ¡A contribuir los que podamos!".

"Gran canción de Luis Miguel. Qué maestro. Mucha suerte, ojalá muchos de nosotros podamos ayudar".

Una vez más, Roger se sintió en familia. Agradecido por la generosidad de los sanmiguelinos, el músico compró un juego nuevo de cuerdas y retomó con entusiasmo las clases. Consiguió una mascarilla con una enorme sonrisa de payaso.

A mediados de junio Roger volvió a la avenida. Esa noche, por videollamada, saludó a la estudiante usando la mascarilla. Seguía sonriendo cuando se la quitó.

La alegría de correr solo en la naturaleza

Jorge Joffré Lucero

Marcial es una persona centrada, no habla de más, tiene las palabras justas. Así como escoge su material para las carreras, selecciona finamente las palabras que dirá a continuación con mucho cuidado. Le emocionan las carreras de montaña, puede pasarse horas hablando de las próximas carreras que le gustaría hacer y aquellas a las que sueña asistir, así como de sus ídolos europeos de *trail running*, ese deporte al que ingresó por casualidad, gracias a un viaje al Cusco, a donde se fue de juerga con su banda de amigos universitarios. Esos amigos no lo acompañarían más cuando sus salidas a la montaña se volvieron más serias. Ellos se quedaron en la anécdota, él adoptó una actitud más decidida frente al deporte, casi marcial, y decidió buscar algo dentro de sí que justificara esas ganas de explorar la naturaleza con disciplina de guerrero.

Ande Trail es el nombre de una carrera que se realiza dentro de los límites del Parque Nacional Huascarán y une dos refugios de montaña al pie de los nevados Huascarán (6768 m.s.n.m.) y Pisco

(5760 m.s.n.m.), en la cordillera tropical más grande del mundo, la Cordillera Blanca. Ofrece una explosiva carrera de cinco kilómetros en vertical, desde el pueblo de Musho al refugio de montaña Huascarán, base de los andinistas que hacen los ascensos al pico del mismo nombre. Marcial no la corrió pues considera que las subidas no son su fuerte y su sentido de la competitividad le exigía guardar piernas para la carrera de fondo. Unos cuarenta kilómetros lo esperaban al día siguiente, y Marcial quería dormir placenteramente. Sin embargo, las ansias lo carcomían y el nerviosismo se apoderaba de él. En la cena previa a la carrera, donde se aprovecha para impartir una charla técnica sobre el recorrido, Marcial sorbe una sopa andina rica en carbohidratos sin despegar la mirada del plato, concentrado, mientras todos ríen y conversan a su alrededor.

Ya en el día central, Marcial puede sentir, además del frío, el olor a tierra y el bosque andino. Lo esperan cuarenta kilómetros, casi la distancia que recorrió Filípides en la antigua Grecia, distancia que luego se estableció como la reina del atletismo. Cuarenta kilómetros en las alturas donde el oxígeno es más liviano y sólo alcanza el sesenta por ciento de su concentración en comparación al

nivel del mar. Cuarenta kilómetros, con casi tres mil seiscientos metros de desnivel positivo, terrenos diversos, alta dificultad técnica, tal cual como correr en los escenarios alpinos del norte de Italia. No se considera todavía una ultra maratón, pero sí una carrera bien exigente por el nivel de dificultad que conlleva pasear tu cuerpo y alma dos veces por alturas pico que bordean los 4700 m.s.n.m., a los pies de los nevados Huascarán y Pisco.

Marcial no compite en la carrera vertical. No le agrada la idea de subir corriendo 1600 m. en un corto tramo de cinco kilómetros. Prefiere la tirada larga de cuarenta kilómetros. Ese tipo de dificultad le parece más atractiva. Encuentra más estimulante la diversidad de terrenos, subir hasta la base del Huascarán y descender hasta el fondo de ese cuello natural que es la quebrada Llanganuco, roca seca, roca mojada, cruce de arroyos, tierra suelta y fofa, bosques nativos, raíces y hojas como alfombra, troncos caídos, el barro salpicando el camino.

—Esta carrera lo tenía todo. Había hecho esos tramos antes, pero lo más difícil lo probé por primera vez en esa competencia —dice Marcial.

Ya montado en la carrera, y luego de llegar al primer pico, 4700 m.s.n.m., Marcial disfruta el descenso por la morrena, esas rocas grandes que forman el suelo de los glaciares donde se deposita la nieve. Bajar es concentración, velocidad, es dividir la mirada en el suelo y a la vez mirar hacia delante, es balancear tu cuerpo en cada pisada, doblar las rodillas para ganar estabilidad.

El suelo gris por donde se desliza Marcial es un terreno engañoso. La superficie de las rocas puede llegar a ser tan lisa como un metal pulido que, si no cuentas con un material adecuado, las magulladuras o heridas serán una gráfica perfecta de la carrera. Las zapatillas de Marcial se adhieren al suelo. Los organizadores idearon una forma de asegurar a los corredores y han instalado, en algunos tramos cortos, unas cadenas y sogas para afianzar el recorrido de los atletas y permitirles correr con mayor seguridad. Los corredores inexpertos pierden tiempo en estos sistemas y Marcial lo sabe, intenta correr más rápido, solo con su cuerpo como herramienta, pero después de meditarlo un momento, un sentido de la seguridad lo lleva a sujetarse de las sogas y a concentrarse aún más en las bajadas.

Superado el terreno de roca dura, Marcial desciende ahora por una zona que conectará luego con un bosque de quenuales que conduce a la quebrada Llanganuco. Es un tramo largo, donde el máximo escollo lo supone un descenso vertical de tierra suelta donde se derrapa a cada paso y es necesario sujetarse de una cuerda para no caer rodando. Aún así, y considerando los minutos sacrificados en la roca dura, prefiere bajar a toda máquina y deslizarse por la soga suavemente, usándola como guía, un riesgo que le resulta a favor, después de todo.

La adrenalina está a tope, Marcial ha experimentado ya dos situaciones al borde y siente que su ticket a Ancash está, por demás, justificado. El descenso continúa y ahora conecta con el bosque María Josefa, un sendero preinca que une las localidades de Yungay, sepultada en el terremoto de 1970, y Yanama. Cuando ingresó en el paisaje boscoso, donde se puede apreciar la variedad vegetal que reside en el Parque Nacional Huascarán, Marcial se encuentra sin compañía, tiene a los competidores italianos tanto adelante como en su retaguardia, pero en ambos casos se encuentran a kilómetros de distancia, no los puede divisar. A estas alturas corre solo, presiente que entra a esa

garganta llamada Llanganuco, acompañado por la presencia de dos cuerpos macizos, el nevado Huascarán a su derecha y el nevado Huandoy a su izquierda.

Flanqueado por esos dioses andinos, Marcial se dedica a la meditación. Su cuerpo está alineado a los latidos de su corazón y ha conseguido una cadencia regular en el bosque, corriendo al lado de dos murallas glaciales y cumpliendo uno de sus sueños, comparable con los escenarios alpinos europeos que alguna vez viera en los documentales geográficos cuando era un niño.

—Tienes muchas horas para pensar, para meditar y ahí vienen a tu mente las horas que has pasado durante la preparación, las personas que te acompañaron. Todo lo que te ha llevado hasta ese momento.

Marcial no tiene *fan page*. Para Marcial, las redes sociales son fuentes de información donde puede estar al tanto de las últimas carreras en Europa y las novedades de sus ídolos. Por ejemplo, el catalán Kilian Jornet, joven campeón de las carreras alpinas (pero que aún no se mide en Perú). Marcial es un corredor de alturas, empezó en este

deporte hace siete años. Considera que lo más importante para un corredor de montaña es pasar mucho tiempo entre cerros, valles, rocas, bosques a alturas que reten a tus pulmones. Marcial entrena, por ejemplo, en montañas nevadas o montañas verdes y húmedas, también en las montañas peladas, donde solo se puede ver crecer hierba amarilla. No es un corredor a tiempo completo, reparte sus días entre su consultorio dental y sus entrenamientos, con sus respectivas escapadas semanales a la sierra de Lima, pero ha encontrado algo que le apasiona.

Este largo descenso en el *Ande Trail* está por terminar, Marcial se hidrata en un punto facilitado por los organizadores y se encuentra con una de las figuras más importantes en su formación como corredor de montaña, su madrina, quien además es parte del staff de organizadores junto con la oenegé italiana Operación Mato Grosso. Después de aquel punto de hidratación continúa un tramo de carretera de tierra afirmada con una ligera pendiente; es una oportunidad para ganar minutos, pero ya las piernas empiezan a sentir el rigor de la bajada técnica y de la altura. Marcial recuerda con felicidad esos trece largos pero refrescantes

kilómetros por el bosque de María Josefa hasta llegar al último punto de corte, donde empezaría, otra vez, una subida cruel.

Ya ha dejado atrás las turquesas aguas de las lagunas de Llanganuco y su paso por aquel desfiladero terminará con un ascenso al refugio Perú, al pie de las montañas Pisco, Huandoy y Chacraraju. Marcial tiene la meta cerca, pero prefiere no apurar el paso, ya ha logrado lo que quería, ha encontrado lo que venía a buscar: ese silencio interior que lo conecta con su experiencia, consigo mismo. Hay un momento en las carreras en donde la mente se despeja y los efectos propios del ejercicio sobre el cuerpo dejan de sentirse para dar paso a un estado de fluidez. La cabeza de vacía, el cuerpo se distiende, la carrera se olvida. En ese momento donde se empieza a saborear la victoria, no la del primer puesto, sino la de alcanzar la soledad del corredor, encontrarse con ese espacio donde el protagonista incorpóreo se contempla a sí mismo y se funde con el paisaje. Es la victoria del silencio.

Aún faltan unos difíciles cinco kilómetros de subida en un terreno escarpado de rocas peladas. Logra ver a los competidores italianos, más duros y resistentes que Marcial, acostumbrados a

correr en esas condiciones pues la mayoría de ellos proviene de regiones montanas. Marcial ve chaquetas de diferentes colores que contrastan con el gris de la morrena, quiere alcanzarlos, pero su cuerpo prefiere disfrutar del último tramo con calma. La tarde está por terminar, se acumulan ya casi ocho horas de carrera ininterrumpida y el cansancio se hace notar, a medida que se acerca al ocaso del día, la temperatura baja y el frío es cada vez peor.

Al llegar por fin en la meta, Marcial se encuentra absorto, ha logrado su cometido y dejó atrás a otros competidores igual o más fuertes que él. Marcial ha huido de lo estático, se ha internado en sí mismo y conectado con la naturaleza, extraña ahora estar al lado de su familia, de su hijo. Esos cuarenta kilómetros se convierten por un breve instante en plenitud.

No llegó su ropa de recambio a la meta, por algún error logístico alguien dejó su mochila en algún punto de hidratación, así que Marcial no puede completar el ritual del baño post carrera. Sin embargo sí puede disfrutar de una buena comida en el refugio y un merecido descanso.

La sangre pura de Miguel Mena

Leyles Rubio León

Estalló el galope frenético en el Hipódromo de Monterrico. El platillo metálico dio el inicio de la carrera hacía segundos. El eco de las pisadas de bestias de 500 kilos retumba en las graderías. Sobre estos, y en cuclillas, pequeños hombres les transmiten su determinación, como en una transfusión de sangre que va y viene recorriendo sus cuerpos que ahora son uno. El locutor anuncia los nombres de los caballos, las posiciones. Imprime emoción. Se acercan a la meta. Cuando la carrera acaba, anuncia el primer lugar: Miguel Mena. Yo había apostado por él.

Lo conocí el primer día en mi nuevo colegio. Empezaría el segundo de media. De una cómoda escuela jesuita me pasaron a otra que recién había sido adquirido por la agrupación sodálite. Antes lo regentaba el Estado y la mayoría de los alumnos eran hijos de trabajadores del Jockey Club.

Uno de ellos era Mena, con quien nos hicimos amigos rápido. Me llamaba la atención su carácter, a pesar de ser el más pequeño y delgado de la

clase. Se peleaba con cualquiera si lo molestaban, no se achicaba. Incluso quería formar parte del equipo de básquet.

Conforme avanzábamos en la secundaria, nos preguntaban qué queríamos hacer al acabar. Algunos balbuceábamos como respuesta. Él, en cambio, veía su futuro destacando en la hípica. Quiero ser jockey, decía sin inmutarse.

Proviene de una familia vinculada a ese deporte. Su padre y sus hermanos también han montado caballos, y su tío trabajaba como entrenador. En aquel entonces, todos vivían en el hipódromo.

No acabó el colegio con nosotros, a los catorce postuló a la Escuela de Jockeys en Monterrico. Pero igual se mantenía en contacto. El último año de secundaria, el 2002, me llamó varias veces a la casa. Quería con insistencia que lo fuera a ver. Accedí y me hizo ganar dinero. Luego entré a la universidad y le perdí el rastro. Hasta que me contaron que había migrado a Estados Unidos.

—¿Qué te llevó a viajar? ¿Por qué ese país? —le pregunto por el chat de WhatsApp.

—El agente de jinetes Rubén Muñoz me contactó. Quería que pruebe mi talento aquí.

Llegó el 30 de agosto del 2003, a los dieciséis años. Lo más difícil para él fue aprender el idioma. Ha vivido en Miami, Chicago, Saratoga y Kentucky, donde se ha establecido desde hace doce años. Ha corrido en más de veinticinco hipódromos, con tribunas de hasta 160 mil espectadores. En las últimas temporadas se reparte entre Churchill Downs, Keeneland y Fairgrounds.

Su rutina empieza a 4:30 de la mañana. Sale al hipódromo que le corresponde para realizar los trabajos ya que los caballos entrenan desde las 5:30 hasta las 9:30. Luego rebaja su peso en el sauna, y se prepara para las carreras que por lo general empiezan a la una de la tarde. Compite cinco días a la semana, hasta en siete carreras. De esa manera mantiene sus cincuenta kilos.

Para entender por qué es tan atractivo el mercado norteamericano contacto a Néstor Obregón, editor de la web *Perú Hípico* y del semanario *El Crack*. «Ese país cuenta ahora con el mercado más comercial del mundo. No solo produce y exporta

más caballos de carrera, sino que entrega premios millonarios en diversos Estados, así como las ventas de purasangres más afamadas del planeta», me cuenta.

Según el portal de estadísticas hípicas Equibase, Miguel Mena ha ganado alrededor de 2010 carreras, lo que ha representado ganancias por más de 68 millones de dólares. Pero hay otros peruanos que le llevan la delantera.

Edgar Prado Julca, de cincuenta y tres años, lleva compitiendo desde 1986 y ha ganado más de 270 millones de dólares en premios. Esta suma la obtuvo gracias a los más de siete mil triunfos que registra. Forma parte del Salón de la Fama de la Hípica norteamericana. Es uno de los diez jinetes con más victorias en la historia y se mantiene como el único que ha obtenido los Laureles Deportivos en Perú y comanda el grupo de compatriotas que más dinero ha ganado en todos los tiempos.

Le siguen el arequipeño Rafael Bejarano, quien suma poco más de 4090 carreras ganadas y más de 206 millones en premios; Jorge Chávez, ganador del título a Jinete del Año en 1999, con

poco más de cuatro mil quinientas carreras, ha acumulado casi 162 millones de dólares en premios; y Alan García, con más de mil setecientas carreras ganadas y casi 91 millones en premios.

Hay otros jinetes peruanos corriendo en diferentes ciudades: Alberto Pusac en Houston; David López en Arizona; Pablo Morales, en Tampa; Freddy Peltroche en Charles Town; Walter de la Cruz en Hot Springs; la lista sería interminable. Se disputan los primeros lugares con otros latinos provenientes de Puerto Rico, Panamá o Venezuela.

«Los mejores jockeys son latinos», afirmó Julio Rubio, representante de la Asociación de Benevolencia y Protección del Caballerango en una entrevista a la BBC. «Porque las mejores escuelas de jinetes están en América Latina».

Néstor me da un panorama más completo de lo que representa Miguel Mena. «Solo le falta esa "gran carrera" que lo meta de lleno en la historia. Tendría que ganar un Kentucky Derby, o alguna de la Triple Corona, o una Breeder's Cup, que sí lo han logrado Édgar Prado, Jorge Chávez o Rafael Bejarano».

—¿Qué se necesita para mantenerse entre los tops? —le escribo a Miguel.

—Primero hay que preparar el físico. Yo mido un metro setenta, necesito hacer dieta y ejercicio. Luego sacrificio y dedicación, estudiar y analizar cómo están los otros. Así poco a poco empiezan a llegar los premios.

Los millones no dan ninguna seguridad a esta profesión. Ser jockey arrastra peligro. En cuestión de segundos —hay carreras que pueden durar menos de treinta— uno puede sacrificar la vida. En marzo del 2018, falleció el chalaco José Luis Flores, considerado entre los mejores en Pennsylvania, luego de haber sido arrojado del caballo en una de las carreras en Parx Racing.

Miguel Mena se encomienda a Dios antes de la partida. Ha conocido de cerca las contrariedades de la profesión. Se ha caído más de cien veces de estos animales. En marzo de 2018, se preguntaba si alguna vez volvería a montar después de que su montura le cortara los talones en el tramo final de una prueba de reclamo dentro del hipódromo de Fair Grounds. En este tipo de carreras, los ejemplares participantes pueden ser comprados por una cantidad fijada de antemano. Se acordaron

cinco mil dólares. Producto del accidente resultaron ocho huesos fracturados del tobillo y talón.

—Estuve muy mal aquella vez. La lesión me tuvo varios meses en descanso. Me recuerdo recostado en el sofá, tratando de curarme el tobillo. Por suerte, evolucionó rápido y terminó la pesadilla.

Días antes de nuestra conversación, Mena se había golpeado el hombro izquierdo en una competencia. Me resalta que de todas se ha sobrepuesto porque más puede la sensación de poder que le produce correr con esas bestias.

Los caballos han acompañado al hombre durante la construcción de la civilización. Unos veinte llegaron por primera vez en las naves del segundo viaje de Colón al Caribe, en 1493, y comenzaron a repartirse por toda América.

Las competencias del turf se remontan desde Grecia. También se dice que los purasangre descienden de tres sementales árabes llevados de Oriente Medio a Inglaterra a finales del siglo XVII. Tenían la intención de cruzarlos con yeguas británicas. Desde entonces esa práctica se convirtió en el pasatiempo favorito de la aristocracia.

Isabel II, Reina de Inglaterra, mantiene esa costumbre. También personajes adinerados como los Rothschild, el Jeque de Dubai, Steven Spielberg, por mencionar algunos célebres miembros de este club. En el Perú, deportistas exitosos como Claudio Pizarro o Paolo Guerrero cuentan con diversos ejemplares y forman parte de una tradición propia que data desde el siglo XIX.

La primera carrera en Lima se dio en 1877. La Cancha Meiggs, debido a su constructor, sirvió de escenario. Esta actividad se mudó al Hipódromo de San Felipe y de ahí al tradicional Hipódromo de Monterrico en 1956, donde hasta ahora se corre.

Le pregunto a Néstor Obregón sobre los estragos que ha dejado la pandemia. «Los premios que de por sí ya eran bajos, se redujeron un cincuenta por ciento, debido a una proyección que hizo el Jockey Club del Perú de lo que podría jugar la gente cuando se reanudara la actividad».

El jinete que gana una carrera en el país, después de pagar agente y secretario, entre otros gastos, le correspondería alrededor de doscientos soles

Obregón me comenta además que la actividad de entrenamiento de los caballos no paró, porque los caballos necesitan estar en rutina constante, sino empezarían a sufrir de lesiones o problemas de salud. Bajo medidas de seguridad, y con número limitado, entrenadores y jinetes hicieron cuarentena en Monterrico para seguir trabajando. Desde julio volvieron las carreras, sin público en las tribunas y con el personal mínimo.

—¿Qué tanto impacto tuvo allá?

—Afectó mucho. El Estado donde vivo prohibió la actividad por un poco más de dos meses —me responde Mena.

Una carrera puede durar hasta tres minutos y detrás de ella opera toda una industria. Le pido a Néstor Obregón que me dé más detalles. Él se explaya para explicarme todo un microcosmos. «El buen resultado en una competencia es el producto de años de trabajo, que se inicia en el haras, o el campo, en las grandes extensiones de terreno donde nacen y se crían los purasangre. Intervienen el agricultor que siembra los pastizales y mantiene la tierra fértil, los técnicos que desarrollan los canales de irrigación, los veterinarios que supervisan el proceso de crianza, los capataces y vareadores que cuidan a los animales.

Cuando llegan al hipódromo, el propietario administra un stud, y en torno a él trabajan el entrenador y su equipo mínimo de colaboradores —vareador, mozo, galopador, capataz, herrero, veterinario—. Todo un grupo que se encarga del bienestar del caballo, de bañarlos, vendarlos y alimentarlos o de montarlos diariamente por la pista, y acompañarlos en caminatas antes y después de sus ejercicios y carreras. La pandemia trastocó esa rutina, la suprimió por completo.

Julio Villanueva Chang ha mencionado que la cuarentena activó los recuerdos de las personas y gracias a ello se han reconectado más. A Miguel Mena no lo veo desde aquella carrera que aposté. Sabía de sus logros por las redes sociales —cuando se crearon— o gracias a algún comentario de gente del colegio, a quienes tampoco frecuento mucho.

Anduve por semanas en la búsqueda del tema para esta crónica. Por esos azares evocaba momentos de la escuela. Y como la tecnología ahora puede leer nuestros pensamientos, me aparecieron noticias de Miguel Mena en Facebook. Algunos medios resaltaban su victoria dos mil en

Estados Unidos. Me contacto para saber si está interesado en que escriba sobre él. Acepta sin dudarlo. Los lazos de la juventud rompen el sentido del tiempo.

—¿Cuáles son tus proyectos? ¿Hasta cuándo piensas seguir corriendo? —sigo preguntándole por el chat.

—Estoy en la mitad de mi carrera. Me gustaría correr unos diez años o quizá más. Depende de mi cuerpo y mi peso. Aún me falta ganar carreras grandes como El Kentucky Derby o las Breeder's Cup.

En sus redes menciona cada tanto a la patria y también comenta las novedades de Monterrico. Se mantiene al día con las noticias locales.

—¿Vienes seguido a Perú?

—No tanto. Llevo un par de años sin ir. Estoy en un medio muy competitivo y tengo a mis hijas en la escuela.

Antes de que llegara primero en esa carrera del 2012, los apostadores gritaban por su caballo favorito, hacían un círculo con el pulgar y el dedo del medio y golpeaban con fuerza este último ya flexionado con el índice. El sonido característico terminaba con el anuncio de los puestos.

Cobré el premio. Fui a buscarlo. Lo encontré aún con el casco, la fusta y casaquilla con los colores que escoge el dueño del caballo. Lo felicité, claro. No recuerdo de qué más hablamos. Con el dinero en la mano visité a unos amigos que vivían cerca y compramos cervezas y cigarros. Les conté sobre Mena, cómo ganó la carrera. Prometí volver a apostar por él. Hasta ahora no he cumplido. Quizá lo haga en Louisville, donde vive su esposa April y sus pequeñas hijas Naelah y Montserrat. Sé que me recibirá, nos molestaremos con los mismos apodos de chibolos y me hará ganar unos cuantos billetes.

Vida de malabares

Patricia Bohórquez

"La vida imita al arte mucho más
que el arte imita a la vida"
Oscar Wilde

Era un niño pobre de un país pobre que se había marchado de casa meses antes para figurar en algún lugar de esta foto. Treinta adolescentes, con ajustados trajes color blanco con rombos negros forman una pirámide apilados unos sobre otros con la Estatua de la Libertad de fondo. Le pregunto si puede señalar su ubicación, pero es imposible, no se halla en ese lejano 1973 en el que los legendarios arlequines de El Circo de los Muchachos se preparaban para presentarse en el *Madison Square Garden* en la que sería su gira mundial más exitosa.

Entonces Nelson ya no pensaba en Colombia. Solo vivía para las acrobacias y los aplausos, solo disfrutaba de la exuberancia de sus catorce años. Hoy, a los sesenta y uno, prisionero de un cuerpo abatido, pesca recuerdos apenas visibles bajo el turbio mar de su memoria.

Nelson Morales vive en su viejo departamento del centro de Madrid junto a su tercera esposa y su hija. Hace algún tiempo arrastra depresión, ceguera parcial, diabetes, gota y, a veces, también los pies.

Nació en 1959 en un barrio popular del sur occidente de Bogotá. El quinto de nueve hijos, de una pareja humilde conformada por un ama de casa y un policía.

Los hermanos Morales eran dóciles y apacibles, pero Nelson era la excepción, nadie entendía el origen de ese carácter difícil. De no haber venido al mundo cuatro años después, su rebeldía sin causa hubiera podido inspirar el título de la célebre película de James Dean. Nelson era indisciplinado en la escuela, desobedecía órdenes, se metía en problemas y cazaba peleas. Sus puños tenían en su haber varias narices rotas; bien fuera la del niño que le había quitado un balón, la del que pretendía a una de sus hermanas o la del que coqueteaba con la chica que le gustaba.

Por encima de todo, era un aventurero temerario. Con apenas seis años se fugó de casa dos días para explorar la ciudad; el hambre lo hizo regresar. La

segunda vez se escapó a los nueve, estuvo cuatro días en Ibagué, una ciudad a doscientos kilómetros de Bogotá, a la que llegó haciendo *autostop*. Cada vez que Nelson volvía, su padre lo saludaba con una dosis extra de correazos que él recibía como un trofeo por la hazaña. La tercera vez, teniendo apenas catorce años, se marchó para siempre. En aquella ocasión su destino fue otro continente, y su regreso a casa diez años después pero en calidad de visitante. Esa vez el saludo fue con abrazos.

A principios de los setenta, cuando Nelson se perfilaba como un indomable adolescente de trece años, pasó por Bogotá El Circo de los Muchachos. Se trataba del proyecto más representativo del sacerdote gallego Jesús Silva.

En una España oprimida por el Franquismo, Silva fundó en 1957 un oasis democrático e independiente concebido para niños. Una fábrica de jóvenes revolucionarios que transformarían el mundo, y combatirían la desigualdad y la injusticia. Esta suerte de enclave socialista fue llamado La Ciudad de los Muchachos, y el circo, que nació pocos años después que Nelson, fue la forma que Silva encontró para difundir el mensaje de paz y amor.

El circo visitaba países en los que fundaba comunidades que replicarían el modelo español. Al llegar a Colombia, la escuela circense ofreció algunas becas a las que se presentaron cientos de niños, entre ellos Nelson, quien gracias a sus habilidades físicas se ganó una. Lo que vino después se condensa en un año, ocho horas al día, a cuarenta kilómetros de casa, aprendiendo percha, alambre, cuerda floja, saltos, piruetas y trapecio. Es decir, desaprendiendo a romper narices. Se especializó en malabares como un presagio. No vislumbró una vida llena de ellos.

Acabando de cumplir su entrenamiento y con catorce años, no se quedó en la comunidad que se había establecido, sino que, fiel a sus andanzas, rechazó el antídoto contra la adicción y se aventuró a marcharse a España como integrante de El Circo de los Muchachos.

***

Un viaje de once días en barco lo llevó desde Colombia hasta Holanda. De allí viajó por tierra hasta España para arribar a su destino final: La Ciudad de los Muchachos.

En un terreno equivalente a veinte estadios de fútbol, se erigía un mundo dentro del mundo: una nación gobernada por jovencitos. La Ciudad, ubicada a las afueras de la provincia gallega de Ourense, tenía aduana, ayuntamiento, banco que acuñaba su propia moneda (coronas), hospital, canal de radio y televisión (el primero de Galicia), supermercado, gasolinera, sala de cine, viviendas, tiendas y escuelas (la de enseñanza y la circense). Los niños asistían a la escuela primaria o secundaria, y aprendían otros oficios como panadería, carpintería o cerámica. Por los servicios prestados, o incluso por asistir a clase, a los ciudadanos de ese campo de sueños se les pagaba con coronas que canjeaban dentro de La Ciudad por ropa, golosinas o entradas al cine.

La Ciudad de los Muchachos floreció como un reino que celebraba elecciones democráticas, elegía alcalde y creaba sus propias leyes en medio de un país autoritario. A lo largo de cincuenta años, el proyecto de Silva llegó a acoger a cuarenta mil niños en situación de marginalidad venidos de todos los rincones del planeta.

La joya de La Ciudad: El Circo de los Muchachos con sus ciento veinte arlequines, entre los que se encontraba Nelson, tuvo su momento de máxi-

mo esplendor durante las décadas de los setenta y ochenta, en las que pisó escenarios en América, Europa, Asia y Australia. El apogeo que tendrían los años siguientes un circo español y un chico colombiano, marchó de la mano del desvanecimiento de la dictadura de un Franco moribundo y un Carrera Blanco asesinado, y la posterior transición a un sistema democrático.

Gracias a que El Circo de los Muchachos no era un espectáculo de carpas, pelucas, leones o fenómenos, como los de la época, sino uno de teatro, niños, música en vivo, acrobacias, y pregones sobre igualdad y derechos, se convirtió en la segunda escuela circense más importantes del mundo, después del Circo de Moscú, y es considerada, por su escena innovadora, la precursora del Circo del Sol.

El clímax del espectáculo era alcanzado cuando jovencitos de distintas razas, nacionalidades y credos se fusionaban en incontables pirámides humanas: unas en el suelo, otras en monociclos, y los más avezados al lomo de los caballos, mientras cantaban: "Los fuertes abajo, el débil arriba y el niño en la cumbre siempre debe estar".

Los integrantes del circo figuraron en portadas de revistas internacionales; actuaron en sitios como el Gran Palacio de los Campos Elíseos, en París; fueron recibidos por reyes, presidentes y emperadores. Los famosos de la época se fotografiaron con ellos y los agasajaron en sus residencias. Se rodaron películas, y se publicaron libros y artículos por todo el mundo. Se estima que más de doscientos millones de personas en ochenta países presenciaron el espectáculo.

El aplauso, los autógrafos, pero sobre todo las cartas de admiradoras, confluyen en Nelson como borrosas memorias. Su metro sesenta de estatura se camuflaba en la frondosidad de una personalidad apabullante y seductora, de cuerpo atlético y melena hasta los hombros, e insuperable sentido del humor. Además, una locuacidad como pocas, lo puso en el foco de entrevistas y ruedas de prensa. Contrariamente, decidió que para su familia habría silencio. Se resistió a pensarla y se desprendió, como un fruto maduro del árbol.

Corrido el séptimo año, Nelson conoció a una chica que trabajaba como enfermera del circo; una gallega de larga cabellera negra. Se enamoró, se fue a vivir con ella y abandonó La Ciudad de los Muchachos. Estaban en el fulgor de sus veinte.

Con la misma habilidad con la que un prestidigitador cambia los naipes, el destino le sustituyó a los Morales la estampa de un adolescente indómito de catorce años, por un visitante de veinticuatro, con acento y esposa de España, y un bebé en los brazos.

***

Tras la inusual vida del circo, lo que vino después para Nelson tampoco fue común.

Nacionalizado español, repartía el tiempo entre su nueva patria y la de su niñez, pero allí ya no encajaba, nunca lo hizo. Pasó de las ventas a la fotografía, del calzado a la xilografía, del diseño de ropa al montaje de espectáculos. Variaba de oficio con la misma rapidez con la que en sus años de malabares sacudía objetos en el aire. Las drogas, el alcohol y los problemas con la ley fueron los números que eligió. Los arrepentimientos sobran, las palabras faltan.

Taciturno, inexpresivo y con una voz cansada que mide cada vocablo, asume los estragos de una vida desequilibrada como el revés del destino de un ex-acróbata para quien el equilibrio era fundamental.

Y así como Nelson, La Ciudad y el Circo de los Muchachos tampoco escaparon a la inapelable decadencia. Deudas, conflictos por los terrenos, deserción de los jóvenes y, algunas denuncias por maltrato, hicieron insostenible la comunidad. La estocada final fue la muerte de Silva en el 2011. Con él, murió la utopía.

Nelson y su otra familia, la del circo, celebran un encuentro anual en Ourense donde yacen los restos de un otrora imperio de niños. Allí llegan personas de varios lugares del mundo, evocan la imagen del fundador, varias veces nominado al Premio Nobel de la Paz, y se llaman muchachos, aunque de muchos ya solo queden las ruinas.

"Lo del circo fue una etapa corta", dice. Ya han pasado cuatro décadas desde que lo abandonó y tal vez no lo note, pero el circo se replica en él, en una continua secuencia de saltos al vacío. Menciona que el circo le arrebató la estabilidad; lo piensa y se retracta. Su espíritu rebelde lo rebosa, como raíces de los árboles que perforan el asfalto.

Nelson desacata, se resiste, se opone y, ante todo, no se conforma. Bien puede seducir decenas de mujeres como rechazar una cuantiosa herencia de una de ellas, accidentarse en un auto a doscientos kilómetros por hora o rehusarse a las indicaciones médicas.

La marea de su naturaleza ácrata y vertiginosa lo dejó en una orilla distinta a la de su hijo mayor, quien, para satisfacción de Nelson, quedó del lado seguro. Ahora, con la misma vehemencia con la que siempre se ha opuesto a todo, se resiste a negarle un futuro digno a su pequeña hija de diez años.

Cielo o infierno, gloria o derrota, Nelson continúa una vida de malabares. Y así como el payaso Canio de la ópera *Pagliacci*, él también se acicala para ocultar los dolores del alma en el espectáculo que debe continuar.

Quizá, la función de Nelson ya no brille, al igual que sus ojos. Quizá, la caída del circo amortigua su propia debacle, pero los cimientos de los recuerdos lo imitan, rebelándose, rehaciendo una vida siempre en suspenso.

Rescate en el Perú. Turismo en tiempos de pandemia

Victor Hugo Morales Meléndez

¿Qué hace un visitante extranjero a más de cuatro mil kilómetros de su hogar, varado por una pandemia y un decreto presidencial de inamovilidad? Desde luego, recurrir a su embajada o consulado en un intento desesperado y en ocasiones infructuoso para retornar a su país.

En la mañana del 16 de marzo de 2020 las líneas telefónicas de la casona amarilla que ocupa la embajada de México en el Perú se saturaron, al punto del colapso. Los turistas mexicanos exigían saber el alcance de las medidas que la víspera había anunciado el gobierno peruano, la fecha de la reapertura de los aeropuertos, los horarios de los vuelos que la embajada debería programar para su inmediato retorno. Algunos reclamaban alojamiento y alimentos. Las conversaciones telefónicas se prolongaban, para cada turista su situación era la que importaba y se bloqueaban otras consultas.

Ante la incertidumbre del alcance del Decreto de Emergencia Sanitaria, la cancillería peruana convocó al cuerpo diplomático a una reunión in-

formativa; se requerían permisos especiales para vuelos extraordinarios, lo que solo sería posible con un nuevo decreto que modificara el anterior para permitir viajes humanitarios de repatriación; pero los teléfonos seguían timbrando y los turistas se agolpaban en la sección consultar para exigir su inmediato retorno.

Dos días más tarde, ya en vigor del Decreto que facilitaba los vuelos, iniciaron las operaciones aéreas de repatriación desde Lima. Más de trecientos mexicanos regresaron a casa esa misma semana. Esto que parecía un logro, no fue sino el inicio de una tarea llena de angustias, resultados, desaliento y satisfacciones.

El epicentro no estaba en Lima, sino a 1100 kilómetros de distancia y a 3400 metros sobre el nivel del mar. Cusco albergaba a más de 500 mexicanos que pedían abandonar Machu Picchu, el Valle Sagrado y las montañas cercanas. La operación tenía que realizarse de inmediato, varias embajadas estaban pasmadas sin poder reaccionar y otras se habían precipitado a costos muy elevados. Se rumoraba de aviones ya en vuelo que tuvieron que regresar a sus países, convoyes de autobuses que no pudieron salir de Cusco al no contar con

los salvoconductos. Rápido pero prudente, el gobierno mexicano dispuso una operación con tres aviones para aterrizar en el siempre complejo aeropuerto internacional de la ciudad imperial. La autorización fue denegada bajo el argumento del alto riesgo que implicaba la utilización de dicha terminal aérea. Pero las autoridades peruanas ofrecieron una alternativa, el aeropuerto de Arequipa, a 500 kilómetros, para el día siguiente. Era el 20 de marzo.

Habría que tramitar de inmediato los permisos terrestres, los aéreos y contratar los autobuses; no había tiempo de posicionar personal diplomático en el lugar de salida, habiendo 20 horas de camino entre Lima y Cusco, los enviados estarían a mitad del trayecto cuando la operación hubiese iniciado. Esta debía comenzar, pese a la distancia y las dificultades logísticas, no había espacio para dar marcha atrás: se presentaron más de 400 ciudadanos mexicanos para abordar los autobuses que los llevarían a la ciudad blanca peruana.

A la distancia, el apoyo de las autoridades nacionales peruanas apostadas en Cusco fue indispensable, complementando así la labor y coordinación realizada por los funcionarios de la Embajada de

México desde Lima. La prensa peruana señalaba que las autoridades regionales se sentían incómodas por las medias adoptadas por el gobierno nacional que golpearían al sector turismo, base fundamental de la economía cusqueña. Llamadas cruzadas, diálogos de aliento y peticiones oportunas permitieron dar con el responsable político designado por el gobierno nacional, Edgar Vázquez, entonces Ministro de Comercio Exterior y Turismo, quien había sido comisionado a Cusco para encabezar las acciones de evacuación. Su apoyo fue esencial como fundamental del delegado de la Cancillería peruana en Cusco, el ministro Ernesto Reátegui.

Movilizar más de 400 personas a las seis de la mañana a más de tres mil metros de altura no es una tarea sencilla; había ya un ambiente de sicosis por un mal que no se ve, no se percibe, pero que se apodera de los pulmones de la gente, lo que ahondaba preocupaciones y obligaba a tomar medidas cada vez más severas de bioseguridad. Así lo hicieron las autoridades sanitarias antes de que los pasajeros, pasaporte en mano, abordaran los autobuses rumbo a Arequipa. Un caso saltó, sin embargo, en medio del operativo, un adulto

mayor presentaba fiebre, lo que levantó las alertas, retrasó el operativo y obligó a su confinamiento en tanto se indagaba su situación.

Era el profesor Isaías Gabriel Rodríguez y Rivero, yucateco de setenta y seis años quien, en compañía de su esposa, Ethel Trujillo, disfrutaba de los atractivos turísticos cusqueños en un viaje de carácter religioso. La prueba que le aplicaron resultó positiva, estaba infectado. El profesor Rodríguez moriría cuatro días después, siendo así el primer turista extranjero en fallecer en territorio peruano como producto de la COVID-19. Aislados, no volvieron a verse, Ethel enviudaba, aislada y sin posibilidad de retorno. Yucateca al fin, su vida había transcurrido en tierra caliza que no se levanta más allá de treinta metros sobre el nivel del mar.

El viaje del resto de los turistas hacia Arequipa, con los altibajos propios del trayecto, estuvo cargado de angustias. Al retraso inicial que implicaba que el convoy no llegaría con luz de día a su destino, se sumó el llamado del gobernador arequipeño a bloquear la llegada de los buses. No ingresarían a Arequipa, era la consigna y no había margen de negociación, era la región que cinco meses después presentaría una crítica situación

de infección que obligaría al gobierno nacional a intervenir su sistema de salud. Se hacía indispensable resolver sobre la marcha, la insistencia desde la embajada y la pericia de las autoridades nacionales peruanas hicieron posible el arribo, luego de 12 prolongadas horas de viaje, de los 14 en buses a la pista del aeropuerto Alfredo Rodríguez Ballón. Despegarían los tres aviones, pero quedaba el tema de los dos pasajeros yucatecos que debieron quedarse en Cusco.

La situación se precipitó. Era tiempo aún de estigmatización de los contagiados, vistos no como víctimas de la expansión de la pandemia, sino como fuente segura de propagación. El Cusco no quería, no toleraba, extranjeros que mellaran la reputación del centro turístico. Era imprescindible repatriar a la señora Ethel, quien había quedado sola y rodeada de un ambiente de creciente crispación y miedo. El hotel donde se hospedaba, Tierra Viva, fue puesto de inmediato en cuarentena total, los huéspedes se desesperaron y mostraron su molestia cargada de temor. Los empleados del hotel fueron invadidos también por el miedo al contagio, mientras Ethel se encontraba crecientemente aislada.

Desde México la familia exigía solución, ya era bastante tragedia la partida del profesor Rodríguez como para vivir la angustia del confinamiento de doña Ethel. En Lima, la Embajada mexicana hacía frente a un grupo de demandantes ciudadanos que se había quedado a la deriva luego de la partida de los primeros aviones; estos, en su desesperación, amagaron con encadenarse al cercado de la Embajada si no se les proveía de un avión de retorno.

Las autoridades sanitarias de Cusco no daban cuenta del resultado del análisis practicado a la señora Ethel, la exigencia era creciente, lo mismo que la desesperación; los días pasaron, las incomodidades también. La consejera Cristina Ruiz, en la embajada de México, se convertiría en la voz de esperanza y el factor de solución de muchos de los requerimientos de la señora Ethel. El diálogo diario, la llamada oportuna, mantenían encendida la esperanza de una mujer que se constituyó en un ser de lucha en un entorno crecientemente hostil y de rechazo; de entereza personal al resistir en aislamiento su viudez reciente y la soledad; de resistencia ante lo precario de su avituallamiento. Los 4300 kilómetros que la separaban de su hogar, la noticia del trágico desenlace de su compañero

de vida, la soledad apabullante, el temor que la circundaba, jamás minaron su determinación de retornar a casa y abrazar a sus hijos.

Sin resultado aún, pero con la permanente insistencia diplomática, se abrió una luz del cada vez más oscuro túnel que desembocaba en Cusco: las autoridades sanitarias señalaron que permitirían su salida de la ciudad imperial. Buen signo, la embajada emprendió una frenética búsqueda de soluciones. Estaban programado dos vuelos desde Cusco; las autoridades habían comprendido que era necesario permitir operar el aeropuerto cusqueño. Así es que se contactó a las autoridades migratorias y aeroportuarias para posibilitar el viaje, pero era tarde, los aviones estaban en pista y no sería posible abordarlos. No había espacio ni tiempo para lamentaciones, la búsqueda continúo y surgió una noticia alentadora, un vehículo de una embajada sudamericana saldría de Cusco ese mismo día. Entre colegas, entre personas de un mismo oficio, se hizo el planteamiento, y hubo una buena disposición, pero al explicar el caso, sutilmente se deslizó una negativa. Se cerraba también esa puerta. La tercera alternativa, surgida luego de la apertura de las autoridades sanitarias para permitir la salida de la profesora Ethel,

implicaba más tiempo, pero se puso en marcha, se trataba de armar una comisión de personal diplomático mexicano para emprender una larga marcha de más de veinte horas hacia Cusco para transportarla a Lima a tiempo para subirla a uno de los vuelos humanitarios que estaban por ser autorizados. Una noticia desalentadora frenó de golpe la operación. Finalmente estaba disponible la prueba de la señora Ethel: había dado positivo al COVID-19, ante lo cual las autoridades sanitarias indicaron que no aprobarían un viaje terrestre; sería aéreo o no saldría de Cusco. El martilleo del Decreto Supremo resonaba en todo momento, las garantías constitucionales estaban limitadas.

El resultado cambiaba todo el escenario, si no habiendo prueba de que estuviese infectada, los huéspedes y el personal del hotel habían dado muestras de un continuo y creciente rechazo y desatención, con el resultado positivo la situación empeoraría. El tiempo apremiaba y la embajada planteó dos alternativas a la cancillería mexicana: contratar un helicóptero de Cusco a Lima y esperar los vuelos humanitarios; o bien un vuelo directo desde la Ciudad de México a la antigua ciudad imperial. La alternativa del helicóptero se reveló altamente compleja: la falta de equipo y de

tripulación en Cusco, la autonomía de alcance de los aparatos que podían conseguirse y el alto costo dado los niveles de seguridad médica exigidos; alternativa que sería, asimismo, bloqueada por las autoridades sanitarias, de manera entendible, solo permitirían la salida de la señora Ethel si se daba una operación coordinada, es decir que el helicóptero aterrizara en Lima y ya estuviera en plataforma un vuelo humanitario hacia México, pero este no había sido aún autorizado.

La alternativa se reducía a un vuelo directo. La familia, con justa razón, incrementaba sus exigencias de rescate. El presidente de México fue informado de la situación; sensible al hecho, instruyó realizarlo. La apuesta estaba sobre la mesa, el rescate debía efectuarse.

La presión era doble, la necesidad de proteger a una ciudadana mexicana y la decisión política de realizar una operación de retorno. Dos oportunas llamadas brindaban la esperanza de que los cielos cerrados del Perú se abrirían. El gobernador de Cusco, Jean Paul Benavente, quien cuatro meses después de estos hechos daría positivo al COVID-19, expresaba todo el interés de su gobierno para facilitar la operación y el entonces presi-

dente del Consejo de Ministros, Vicente Zeballos, indicaba que el gobierno nacional estaba en la mejor disposición de que se expidieran los permisos. Pero no sería sencillo. El entramado institucional establecido para gestionar el espacio aéreo tenía sus protocolos y tiempos. Las horas pasaban y la autorización se demoraba, las maniobras diplomáticas se multiplicaban, las razones se sucedían sin ninguna resolución.

Una entendible solicitud de la señora Ethel no solo era esperada, sino humanamente deseable: que las cenizas de su esposo la acompañaran. El crematorio también tenía sus reglas y había que cumplirlas, solo pasados quince días de la cremación se entregaría la urna a los familiares del señor Rodríguez o, de manera inmediata, a un representante enviado por la Embajada de México, a nombre de su gobierno. Cusco está, hay que recordarlo, no solo a 1100 kilómetros de Lima, donde se localiza la sede de la Misión Diplomática, sino en tiempos de restricción de tránsito, a más de veinte horas de un sinuoso y vigilado camino. De liberarse el permiso, el avión podría llegar antes de que el enviado diplomático tuviera la posibilidad de conseguir las cenizas. El viaje por tierra a la ciudad imperial resultó agotador, una hora

antes de que el avión aterrizara, las cenizas fueron entregadas al Capitán José Armendáriz y puestas a disposición de las autoridades sanitarias para que las subieran a la aeronave en cuanto llegara, se cumplía así, al límite del tiempo, con la petición de la profesora Ethel.

Pero no solo se trataba de obtener las autorizaciones de sobrevuelo y aterrizaje en Cusco, se requerían también los permisos sanitarios para la salida del Perú de doña Ethel, infectada y con crecientes signos de malestar. El proceso era un obstáculo mayúsculo: una carta de las autoridades sanitarias con los requisitos de bioseguridad que el gobierno de México se comprometía a cumplir; una carta desde la Embajada al Secretario de Salud de México para que este conociera los hechos, las obligaciones, y definiera las acciones a emprender para acondicionar la aeronave de tal forma que garantizara la seguridad; además de una respuesta de la Embajada a las autoridades sanitarias para que finalmente aceptaran expedir los permisos. Burocracia en tiempos de pandemia, pero entendible por razones de seguridad.

La autorización de sobrevuelo fue, finalmente, liberada para que el avión de la Fuerza Aérea Mexicana despegara rumbo al Perú. Un foco rojo

estaba, sin embargo, presente: la aeronave debía respetar los horarios restringidos de maniobras aeroportuarias y necesitaba ser debidamente acondicionada para el traslado de un adulto mayor, con enfermedades preexistentes y diagnosticada positiva por coronavirus. Fueron seis horas de larga espera para el aterrizaje del avión en el aeropuerto Alejandro Velasco Astete.

La ambulancia llegó al pie de la aeronave en la pista del Aeropuerto de Cusco; descendieron cuatro hombres totalmente ataviados de trajes blancos a inspeccionar que el avión estuviese equipado y los requerimientos de la pasajera garantizados. Los minutos se sucedieron, parecían prolongarse interminablemente, fue un tiempo de angustia suprema ¿Qué razón habría para no regresar a la ambulancia por la señora Ethel? ¿El operativo sería suspendido? ¿Cuánto más aguantaría la ciudadana mexicana permanecer en Cusco? La televisión peruana transmitía detalle a detalle la operación en vivo, la prensa estaba atenta a los detalles, eran las primeras escenas de un operativo de bioseguridad. El foco rojo tomaba tintes incandescentes.

En las últimas horas la profesora Ethel había presentado problemas respiratorios, los médicos indicaron como imprescindible para el viaje un tanque adicional de oxígeno; para entonces solo quedaban escasos treinta minutos de operación en Cusco, para alcanzar aterrizar en Lima, recargar de combustible la aeronave y despegar antes de que los cielos peruanos volvieran a cerrarse a la navegación aérea, ante los estrictos horarios de funcionamiento de la base aérea limeña.

La orden desde la Ciudad de México fue perentoria, los insumos debían conseguirse y entregarse en Lima, para permitir que el avión despegara a tiempo de Cusco. Dos obstáculos no menores hacían inviable, en principio, ese esquema: los médicos no permitían que la paciente subiera al avión sin la certeza de que llevaría consigo los requerimientos y, en Lima, de conseguirlos, habría que sortear la fuerte seguridad y las restricciones de acceso de la Base Aérea del Callao, en tiempo inimaginable para los esquemas institucionales montados para evitar la propagación del virus en la capital peruana.

El tiempo corría y era necesario, nuevamente a la distancia, conseguir ambos insumos: comida y oxígeno, esenciales para la vida de doña

Ethel. Lo práctico e inmediato era que las propias autoridades sanitarias de Cusco consiguieran el tanque, pero la respuesta fue desconcertante: el único tanque que tenían era el que habían proporcionado ya a la paciente y no había otro en las instituciones médicas. La alternativa era contactar al único proveedor de tanques de oxígeno de Cusco, desde la sede de la Embajada en Lima. La comunicación debía ser inmediata y por suerte don Hernán Salas respondió el teléfono, pero con la mala noticia que en ese momento no tenía disponibilidad del tanque requerido, situación que volvía a poner en duda la operación de despegue, sin la garantía del oxígeno, la vida de doña Ethel estaba comprometida para un trayecto tan prolongado. La angustia trasmitida en el tono de la voz habrá movido a Don Hernán, facilitaría su tanque personal de emergencia.

En un acto de fe, don Hernán había colocado su llavero con la imagen de la Virgen de Guadalupe en su tanque personal, el mismo del cual ahora se desprendía. Doña Ethel estaba a salvo, el vital oxígeno la acompañaría en el trayecto y, con él, la estampa protectora de la Emperatriz de América. ¿Fue un simple olvido de don Hernán o uno

de esos acontecimientos que acrecientan la fe? El alimento arribó, cuando las puertas del avión se cerraban, de manos de la licenciada Flor Espitia, la eficiente Directora Ejecutiva de Servicio de Salud de Cusco.

La aeronave mexicana despegó de la ciudad imperial a las 14:38 horas para hacer una forzada escala técnica en Lima y abastecerse de combustible, operación imposible de realizarse en Cusco debido a su altura. De Lima, el avión despegó diez minutos antes del cierre del aeropuerto. Seis horas después aterrizaría en Mérida, la ciudad blanca mexicana —coincidencias del destino— donde familia y autoridades locales recibieron a la señora Ethel.

Pero su salud se deterioraba conforme pasaban las horas. Presentaba un cuadro de neumonía y debía, ya en su tierra, reemprender la lucha por la vida; la COVID-19 era implacable con los adultos mayores, le había arrebatado en tierras lejas a su esposo, pero no permitiría que le arrebatara a ella la dicha de volver a abrazar a sus hijos.

Hoy doña Ethel, ya recuperada, ha vuelto a ser la alegría de su familia.

Los idus de marzo dieron paso al otoño austral, Lima nuevamente se tornó gris, seguía vacía al continuar la restricción de transitar por las calles; la pandemia se expandía, morían para entonces decenas de personas, hoy se cuentan por miles. La humanidad va a cambiar al igual que el modelo de progreso; pero la familia y el amor entre seres humanos, prevalecerán.

Señales en el cerro

Víctor Salazar Yerén

Apenas termina el almuerzo, Verónica sale de casa. Se va rauda por el camino que ha trazado el ganado, mientras que sus padres se van tras el último verdor buscando aplacar a los novillos. Por la noche, acabado el pastoreo, volverán a encontrarse, remojarán sus galletas de agua en una taza de té, comentarán lo difícil que está el mundo según la radio. Y descansarán, antes de que el viento venga por las velas.

Así es la vida de los Alejos Herrera, una familia de los Andes que, como muchas otras, se retira a las estancias en los meses de agosto escapando de «la seca». En medio de esas soledades discuten su mundo. Ahora mismo su preocupación se inclina por Evelyn, su hija mayor, quien está en la costa. Dentro de algunos años Verónica también formará parte de estos desvelos. Tendrá que partir. Y eso les aterra.

El día de Verónica comienza muy temprano; a poco más de 3000 m.s.n.m. no hay mucho tiempo para el descanso ni para el juego; pero a pesar de

las limitaciones, el estudio se ha convertido en el último refugio donde ocurre todo ello. Y es que no hay mejor manera de evadir las responsabilidades caseras, la crianza del ganado o algún trabajo relacionado con la siembra que estudiando. Mientras se está en el colegio el ganado aguarda, la tierra espera, de la cocina se corre. Pero este año las cosas han dado un vuelco tremendo. No hay asistencia al colegio y todo su mundo se reduce a las tareas del hogar y a la cosecha. Verónica comienza a extrañar la complicidad de sus amigas, las horas de fútbol con las muchachas e incluso el lento decir de sus profesores. Pero hoy todo es tarea, como antes, como siempre. Ahora, más de los días tiene que estar acompañando a sus padres fuera de la estancia, porque entienden que, aun en la altura, la vida podría ser bastante peligrosa para ella. Lo dicen los cuentos de muchachas perdidas, aquellos que tanto ha escuchado hablar a sus abuelos.

Pero hoy es martes. Y otras son las tareas que debe cumplir. Por eso, apenas termina el almuerzo, coge el celular y se enrumba en una caminata que ha de durar poco más de dos horas. Esta vez no le preocupa la batería: recuerda que su padre la cargó hace dos noches en el pueblo y eso la llena de confianza. Lamenta que en su casa no

haya luz. Mucho menos agua. Pero así es la vida por estos lares, como en los orígenes: solitaria, lúgubre; apenas unas velas jugando con ella. Y es que a su estancia de Molle Blanca la modernidad no ha llegado. Habrá que esperar una nueva tragedia, quizá como la del terrorismo noventero o una nueva pandemia, para que el Estado recuerde que en las cimas más remotas hay todavía peruanos buscándose el pan. Pero mientras todo ello pase, Verónica seguirá arrancándole a la luz viejos teoremas. Aún no es tiempo de buscar contrariedad.

Ya es el mediodía del martes, y a Verónica Alejos le alegra la posibilidad de encontrar a alguna amiga conectada. Anélida, Nikole, su hermana Evelyn, todas ellas están en la costa. Poseen una cuenta de WhatsApp y otra de Facebook. Aún no tienen Instagram. Pero esa aplicación, al menos para ella, no es tan importante para estos días de escuela. La vanidad puede esperar. Después de dos horas de vencer la escarpada, extraños sonidos la alcanzan. No son aves nuevas. Ella las conoce todas. Y sonríe, porque comienza esta nueva aventura de hora y media de estarse cara a cara con el mundo. Son las tres de la tarde y ha llegado a las lomas de Cuesta Blanca para enviar sus tareas. Allí está, buscando

cuidadosamente la imagen de cada separata. Las envía. Previamente saluda a cada profesor y espera. Mientras tanto revisa si alguna amiga está, como ella, en alguna loma. No la hay, porque sabe que es martes. Y el día de entrega ya pasó.

Ello tampoco es su culpa. Ni la de nadie. Comprende el esfuerzo de su padre, quien hace un alto en el trabajo para ir hasta Pauranga, recoger las separatas y cumplir con los deberes. Tiene suerte de que el señor Abad, personal de servicio del colegio y encargado de la entrega, deje las tareas en alguna casa. «No es mi trabajo», se queja don Abad, pero desde hace siete lunes viene haciendo lo mismo por orden expresa del director. Entonces alquila, con el poco dinero que recauda, una moto lineal que lo habrá de llevar hasta el cerro próximo. Luego camina —porque hay que ahorrar— y cumple con esta función a 80 kilómetros de casa. No es sencillo para él. Y en vez de vociferar contra el Gobierno o buscar mayores culpables, conserva las energías de sus activos cincuenta años porque todo indica que volverá a pie. El señor Alejos ha recogido las tareas el jueves. Y eso a Verónica la retrasa. Sobre todo porque no cuenta con libros o enciclopedias, mucho menos de algún apoyo familiar. Sus padres

no tienen mayor grado de instrucción. Así que se enfrenta sola a las tareas confiando en su intelecto. Las termina como puede, siempre en domingo, tratando de ser lo más impecable posible.

«Hola, profe, allí está mi tarea», me escribe. Yo intento responderle al instante; entiendo que cada minuto cuenta. Le pregunto cómo está; no reviso nada aún. Pero ella no soporta su impaciencia y pregunta por las tabletas que el Estado prometió. «Muy pronto», le contesto a secas. Pocos saben que será en octubre.

Pero Verónica no es el único caso. Su amiga Maryelita, del quinto grado, tiene una vida en común, como han de ser seguro casi todas las vidas de por allí. Vive en Cantupocro, «un lugar donde no hay línea, profesor», me cuenta su hermana, quien se quedó varada por Nasca. Con esa serenidad que tanto la caracteriza me confiesa que de estar en la sierra tendría que hacer turnos con su hermana para enviar las tareas. Y es que a treinta minutos de su casa, subiendo la escarpada, «en Guawakuna, profesor, recién hay señal». Hasta allí llega Maryelita. Lo hace por las tardes, porque, al igual que Verónica, ella también tiene un compromiso con las vacas.

Otros estudiantes con mayor suerte, como Pablo, van en moto hasta Auxilio, un lugar que curiosamente goza de conectividad. Pero sabe que de no tenerla, la historia sería otra. Y es que desde Pauranga hasta Auxilio son poco más de cincuenta minutos de caminata. Testigo de ello son las hojas de cuaderno regadas por los bordos. Su madre, dueña de una pequeña tienda de abarrotes, ha visto mermar su negocio, y la gasolina y el crédito para el celular se han convertido en dos bienes de primera necesidad. Pablo Venegas me cuenta que en Pauranga, hoy aislada por la cuarentena, se extraña como nunca el bullicio de los días de escuela. «No hay gente en la calle, profe»; y aun cuando la enfermedad es una cosa todavía lejana, saben que en cualquier momento llegará. Y solo así podrían volver a ser noticia. Al menos entre los profesores, los únicos que saben del lugar.

En la comunidad, mientras tanto, comienzan aflorar ideas encontradas sobre los docentes. Muchos piensan que están cobrando sin trabajar; otros, en cambio, piensan que les va mejor la distancia, porque, frente al virus, la única posta del pueblo no tendría oportunidad. A ochenta kilómetros del centro de salud más cercano, en Ticrapo, se sabe que ya hay más de cien contagiados. No hace mu-

cho, se le escuchó decir a don Esteban Saldaña que de dieciocho efectivos que tiene la comisaría de Ticrapo once habían dado positivo. Ahora que la cuarentena se ha ampliado en el centro de Huancavelica lo mejor es tomar distancia.

Son las cuatro de la tarde del martes 11 de agosto de 2020, Verónica se ha cansado de esperar a sus amigas y la señal empieza a debilitarse. «Cuídese, profesor», me dice, sobria, antes de partir. Y las dos líneas del WhatsApp, como alas de un ave sin color, se alejan. Ya nadie responde. Con el celular en la mano, baja corriendo la escarpada. En esa loma, a dos horas de caminata, adonde nadie llega —en otros tiempos, tal vez un gavilán o algún niño dedicado al pastoreo, pero jamás para su educación— una muchacha ha llegado buscando una señal. ¿Una señal de qué? Si las señales de la civilización no están allí, solo están los ecos de algo que se cuece, que se oye, que se dice, que se teme. Casi todas las historias tienen un sustrato común: el olvido. Y cada cerro mirado encierra, como nunca antes, una insólita oportunidad. Desde esa apaciguedad que nos brinda el viento y el frío en las alturas, esta joven ha abierto su esperanza al borde de una piedra inmensa. Solo que esta vez no estamos con ella.

Repaso

Yasser Zola

"No pidáis buenos modales
a quienes fuimos enterrados en el adobe, la injuria y la ignorancia.
Nada sabéis de nuestros dioses prudentes y pacíficos, corroídos por la bilis.
¿Qué sabéis de las ciudades que nosotros amamos?"
Juan Gonzalo Rose

Estoy parado sobre un mueble frente a mamá. Intenta ponerme un pañal, pero desiste. No me queda. Mamá dice que ya estoy muy grande y me abraza.

Recuerdo dar un discurso en un teatro por clausura de inicial. Recuerdo la preparación diaria con mamá. Hacemos un trato: yo recito sin equivocaciones y ella me da un premio. Le pido la caja transparente de caramelos con sabores de frutas. Miro hacia la oscuridad y ejecuto sin ningún problema el discurso aprendido. Luego estoy al lado de mamá sosteniendo mi premio mientras una señora dice "Tan chiquito. Yo pensé que se congelaría".

Mi primer álbum: El por qué de las cosas. Recuerdo un par de figuras: un niño duerme plácido, y sobre él un ángel sostiene un pastel montado en una nube. Otra figura: un niño en la misma habitación ahogándose entre sábanas y almohadas. Dentro de su nube hay un monstruo reptil de dientes punzantes. ¿Por qué tenemos pesadillas? Mi hermano y yo, de pequeños, compartimos la misma habitación. Yo era el de las pesadillas.

Al regresar del colegio escucho un ladrido debajo del mueble de la sala. Lo tomo en mis brazos. Mi papá le puso "Tiny", pero lo pronunciábamos Tini. Un dóberman color chocolate que cada vez que terminaba de comer parecía un balón de futbol americano. A la hora de dormir le poníamos un reloj de cuerda para simular el latido del corazón materno.

Un cumpleaños de papá. Él está con sus invitados. Mamá nos hace almorzar primero. Sirven sudado de pescado como entrada. Después de la segunda cucharada me congelo. Siento una aguja en mi garganta. No puedo decir nada. Mamá me mira desconcertada. Corro al patio trasero y

me arrodillo, imploro. Las arcadas hacen que el cuerpo extraño regrese. La espina en el suelo parece un pequeño cristal.

Ma vie en rose de Alain Berliner es transmitida en señal abierta en los noventa. Una escena se atasca en mi telaraña cabeza. Hacia el final de la película, y a pesar de sus esfuerzos por evitarlo, una madre vuelve a ver a su hijo de siete años travestido. Frustrada por la reincidencia lo cachetea y este huye hacia la carretera. Ella va tras él, pero no lo encuentra. Se fija en una escalera apoyada en un cartel publicitario cuya imagen es la de una puerta hacia un mundo de muñecas. La madre piensa unos segundos y sube la escalera, traspasa el cartel y recupera a su hijo.

En 1994, Jaime Bayly, en ese momento un desconocido para mí, publica *No se lo digas a nadie*. Mucho después leeré el libro de un tirón en una tarde descolorida gracias a una colección editada por un periódico. Pero lo primero que recuerdo es un programa cómico donde lo imitan: vestido de saco y corbata, detrás de un podio, responde las preguntas de periodistas. Al concluir, el personaje abandona el estrado solo para que podamos ver la falda que viste.

Bullying en la secundaria a un compañero un año menor que yo. Se decía que había insinuado a otro alumno una masturbación conjunta. Yo también lo sufrí, por ser nuevo y por ser amanerado. Sin embargo, lo soporté haciéndome el tonto. Lo de este chico era diferente, la horda podía perdonar parecer gay, pero no serlo. Recuerdo su voz partiendo en dos la tarde, desde otro salón exigiendo que lo dejen en paz. Las cosas no cambiaron. Solo una vez me acerqué cuando lo molestaban. Solté un débil "ya déjenlo", y hui de la escena.

Cuando fui practicante, un compañero me pide apagar su computadora. En un chat interno mi nombre flota. Alguien está preocupado de que gane el interés de una chica. Mi compañero responde: "No te preocupes, es plancha quemada". ¿O dijo "es cabrilla"? De este tiempo también recuerdo algunas mañanas con un sol desnudo y un olor de alga podrida, como si la orilla fuera una herida abierta. Solo yo notaba el olor porque soy de provincia.

Diario La República del 13 de junio de 2008: "La mañana del 2 de abril fue hallado en Pueblo Libre el cadáver de… Algunos agentes aseguraron que se trataba de un crimen pasional. Después de

meticulosas investigaciones, la policía por fin logró capturar al asesino. Se trata nada menos que de un cabo del Ejército peruano: A.G.G., de 20 años". Nunca conocí a este hombre, pero en el futuro lo mataré en un cuento. Cuando me vuelven a entrevistar en la Dirincri, me instan a encontrar el móvil en la víctima. Un hombre de veinticinco años, gay y afeminado, mi amigo. El detective habla de un comportamiento posesivo mientras mira las fotos del cuerpo. Le digo que fue una venganza porque la víctima fue a buscar al tipo a su cuartel cuando desapareció de su relación sin explicación alguna. "¿Era posesivo?", insisten. Me demoro en contestar. No quiero hacerlo ¿Era posesivo? Respondo: "A veces". "Te noto incómodo", dice el interrogador. "Quieren que lo culpe", balbuceo. Mi mirada salta por la ventana para huir entre azoteas.

El primer encuentro sexual con un hombre. Me despido del grupo en la discoteca. Uno de ellos me pide compartir el taxi. Observo la calle a través de la luna y siento su mirada en mi nuca. ¿Volteo? Me encuentro con su mirada arrecha. Se abalanza sobre mí. Mi primer beso gay. Lengua molusco. Su mano vuela a mi ingle, pero lo detengo. El chofer me agradece muy cordial

cuando le pago. En la habitación todo es acelerado, sudoroso, bocanadas de alcohol. ¿Te vas a quedar? Salgo a tomar un taxi a las seis de la mañana. ¿Tanta espera para esto?

Un amigo me pide que lo acompañe a una discoteca gay. Antes de entrar, me aplasta una mirada intensa a pesar de que no hay nadie alrededor. Desciendo a un sótano inundado por luz ultravioleta para encontrar un bar con sala de baile y paredes de espejos. Sombras de personas. Jamás he visto una mirada amable en una discoteca. A los pocos minutos abandono el lugar. Camino de regreso a casa sacudiéndome el polvo de música estridente y de cuerpos disfrutando del baile. Regresaré una sola vez, presionado por un amigo, y cuando llega una pequeña tropa de strippers me voy. Al subir la escalera los gritos entusiasmados me salpican la espalda.

En una aplicación busco una persona agradable para conversar, pero todo es sexo inmediato. Nadie pierde su tiempo. Me adapto. Los perfiles detallan sus preferencias sin reparo: tipo de cuerpo, condición socioeconómica, edad, pero hay una constante: hombre varonil. Lo más entretenido de esta experiencia es conocer el deseo de los otros.

Bonsáis de formas angulosas, nunca repetidos. Hojas suaves o espinas. Hombres casados o siempre a punto de divorciarse. También están los solteros eternos. A veces soy objeto de deseo. Otras el que desea. Pero el goce nunca es pleno. Mi deseo resucita en un cuerpo deforme que siempre tengo que matar.

Wish Me Away, un documental del 2011. Una cantante de música country decide salir del closet. Un especialista la aconseja cuidar sus palabras: debe "reconocerse" no "admitirse" gay. Su padre, que ignora su orientación, le reclama su aislamiento. Ella, ya con una pareja mujer, acepta que debe contarle a su familia si la quiere cerca. Unir sus dos dimensiones. La primera familia con la que hablo son mis amigas. Converso con una a la vez: una creyó que era bisexual, otra no lo vio venir, y para la última no era sorpresa. Este paso me obliga a confesarles que nunca tuve sexo con una amiga que tenemos en común. Fue un invento. Miedo y mentira siempre van juntos. En el futuro llamaré a esta persona para pedirle perdón.

La voz preocupada de la laboratorista me pide regresar a la clínica, me habla de unos indicadores que se han disparado. Espero en la sala de

emergencias hasta que incrustan una aguja en mi muñeca. Con mi hermano de viaje y mi mamá en provincia, solo llamo a mis amigas. Luego el largo discurso del doctor que termina en diabetes. Me internan unos días. En las mañanas, a través de la radio de la clínica, siempre me despierta una voz suave que reza. La poesía de Blanca Varela me acompaña. En el futuro me daré cuenta de que el marcador se ha quedado en un poema sobre contar historias: "lo que importa es que… tus labios muevan el aire / que fabules tu historia tu cuerpo / a toda hora sin tregua / como una llama que a nada se parece / sino a una llama".

En *Una habitación propia*, Woolf dice: "Para ambos sexos… la vida es ardua, difícil, una lucha perpetua. Exige… confianza en uno mismo. ¿Cómo podemos desarrollar, lo más pronto posible, esa cualidad imponderable y sin embargo tan valiosa? Pensando que otros son inferiores a nosotros… Las mujeres han servido durante siglos como espejos dotados del mágico… poder de reflejar la figura del hombre duplicando su tamaño natural". Esta lección también es mía.

Me agregan a un grupo de WhatsApp: Promoción de colegio. En este patio de juego las bromas homofóbicas, machistas y misóginas son usuales. Abandono el grupo después de luchar contra una inusitada sensación de fidelidad. Meses después, uno de los integrantes me felicita por haber salido porque "comparten pantallazos de tus publicaciones de Facebook" y se preguntan si eres o no gay. Uno se bajará sus pantalones cuando me vea para salir de dudas. Lanzo una risotada. Le aseguro que soy gay y que no viviré escondido. Este episodio me sirve para confirmar que "a nadie le importa tu vida" es una falacia. La sociedad, como un insecto mimetizado, tenía la cara de mis compañeros de clase.

Busco entrevistas a escritores en YouTube. Los escucho en las noches de fin de semana, o en la semana mientras cocino, mientras almuerzo. Bradbury, Welty, Baldwin, McCullers, Oats, Atwood, son tantas. Escucho sus voces, miro sus gestos, cómo sostienen un cigarrillo. Le doy un cuerpo a la voz escrita, relaciono lo poco que dicen con lo mucho que han escrito. En una entrevista de 1964, Arendt afirma: "Si a uno lo atacan como judío,

uno debe defenderse a sí mismo como judío, no como alemán, no como ciudadano del mundo". Me apropio de estas palabras.

Dos meses antes de la cuarentena le digo a mamá que soy gay. Hablábamos de un tema familiar mientras ella cocinaba. La idea de mantenernos unidos. Era el momento. La senté a mi lado en el sofá. Le hablo de mis lecturas de Woolf, de Beauvoir, y Arendt. Digo la palabra homosexual y su ruido es como el de un aplauso en un cuarto vacío. Le digo que no consentiré ser un ciudadano de segunda clase. Le dejo en claro que no solo me gustaban los hombres, sino que tengo sexo con ellos. Todo este tiempo mamá ha escuchado en silencio. Al final se inclina hacia mí y me da un beso en la mano.

En marzo del 2020 un comercial muestra a una pareja gay que interrumpe al padre de uno de ellos viendo un partido de fútbol. Cuando el narrador del partido grita "mano", el padre hace espacio en el sofá y el novio se sienta para mirar el penal, ambos ensimismados en la competencia. Esto me hace creer que la aceptación de la comunidad LGTBIQ está cerca, pero meses después una resolución del Poder Judicial niega la orientación

sexual e identidad de género como causa de vulnerabilidad para acceso a la justicia. El voto de un juez expone "… biológicamente, solo es admisible la existencia del género masculino (varón) y el femenino (mujer); así como en condiciones normales la orientación sexual solo puede ser de carácter heterosexual…".

Se abre un taller gratuito para conocer la obra de Patricia de Souza, a quién nunca había leído por la dificultad de encontrar sus libros. Al terminar, a mediados de julio, la coordinadora nos pide conclusiones personales. Le envío el siguiente texto: "¿Qué puede un cuerpo sin un lenguaje que lo reconozca? Me interpela Patricia. Y me atreví a escribir desde el yo. Yo soy homosexual. Yo soy deseo. Y con esas líneas escribo la historia que quería leer, después de tantas lecturas de otras historias. Para algunos estas líneas son un murmullo, un goteo, pero para mí son un grito". No me costó escribirlo, me costó enviarlo.

Llamo a mi hermano. Extraño estar a su lado recitándole mis reclamos al mundo mientras manipulo el pabellón de su oreja para asegurarme su escucha. Sus ojos grandes siempre atentos a su celular. Bromeamos, hablamos de series. Le

pregunto por su videojuego, un hombre disparando a su alrededor, siempre defendiéndose. Le comento sobre un taller que me ha inspirado a escribir sobre mi homosexualidad, de que tal vez lo publiquen. Me molesta sentir que lo hago para advertirle, para prepararlo. Me felicita mientras su mirada sigue el juego de supervivencia. "¿Qué se siente tener un hermano gay?", le pregunto sin haberlo planeado. No sabe, responde. "¿Qué les dices a tus amigos?", insisto. "No lo ando contando a nadie. Lo trato como información sensible, como si hubieras cometido un delito. Eso no se dice a cualquiera". Ojos grandes. "No he salido del closet para ser invisible", replico. "Que quieres que te diga, te he visto siempre como hombre, no como homosexual". Son treinta y siete años bajo una máscara. Una máscara que construí con mis manos, para mí, no para ellos. Al quitármela, mi rostro es la máscara. Me quedo pensativo y mi hermano añade: "No tienes que esperar a que lo publiquen para que lo compartas en Facebook".

Yo no le tengo miedo al trabajo

Zad

El día en que Shamin cumplió doce años le regalaron un celular. El cielo y las personas en la calle eran como una gran foto *sobreexpuesta*, estábamos en medio del verano de 2010. Ese mismo día fuimos a la piscina como era de costumbre, pero con la diferencia de que ahora Shamin cargaba una responsabilidad con luces y botones en los bolsillos.

Había pasado un buen rato. Ya habíamos saltado hacia adentro y salido para regresar saltando con más fuerza, empujado y luchado; así que estábamos ahí flotando en el agua, sintiendo como cada vez más se arrugan los dedos de los pies y de las manos. Es en ese estado de calma que Shamin percibe otra cosa que no es su piel sobre mojada, algo le vibra en el bolsillo.

De vuelta en casa el ambiente era exactamente opuesto al de la piscina en un inicio. A Shamin el celular no le duró más que las arrugas en los dedos y su papá, mi tío Fernando, no lo soportaba. Quizá no aceptaba nuestra torpeza infantil o recordaba como lidiar con ella de la forma en

que su padre lo hacía con él y con sus hermanos, entre ellos mi viejo. Ambos, mi viejo y mi tío le deben sus éxitos como profesionales médicos a la rectitud de su padre en sus años de formación. Esa misma rectitud que ahora no le permitía a mi tío doblarse, flexibilizarse para ponerse a nuestra altura y explicarnos sobre la responsabilidad de tener algo valioso monetariamente.

***

Cuando inicia la cuarentena mi viejo Miguel toma la decisión de seguir trabajando "Si me contagio ahora es mejor que la sufra, me recupere y ya con inmunidad siga chambeando. Es eso o qué me guarde tres semanas para cuando regrese me contagie de todas maneras y empiece todo el proceso de nuevo. Perdería más días" me dice. Mi viejo es un hombre de 56 años, mide 1.65 es moreno y tiene ojos verdes, los cuales mi madre nunca me perdonó no sacar ni siquiera tanto como la nula vocación de médico. Antes de la cuarentena, su consultorio abría desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche. Ahora atiende solo hasta las seis de la tarde, conduce una hora hacia casa y desde allí hace teletrabajo a veces hasta las dos de la madrugada.

Las llamadas que ya eran comunes han aumentado, pero con la diferencia de que cada vez la gente se escucha más desesperada. Sí, nosotros escuchamos las llamadas. No por curiosidad sino por casualidad, una tan cotidiana como poco placentera. Mi viejo siempre atiende sus llamadas, así esté comiendo o en el baño. Más de una vez hemos tenido que escuchar el problema gastrointestinal de algún paciente mientras saboreamos un pollo a la brasa.

Siempre fue común verlo salir atender una emergencia incluso en plena celebración de su cumpleaños, festividades del colegio, reuniones familiares y almuerzos de domingo. La culpa no es una expresión que pueda verse en su rostro. "Es mi trabajo", repite con una seguridad y paciencia que solo los años de rutina otorgan.

El único día que dejó una llamada sonando fue el 28 de Julio y fue también la única vez que el sonido encajaba con el ambiente. Su ringtone es una barra del Perú, uno de esos tantos *mixes* que aparecieron como síntoma de la pasión futbolera del año pasado. "Un día me apareció un mensaje que ni lo leí porque estaba apurado y le di *aceptar*. Al día siguiente, cuando me llamaban mi teléfono sonaba así, y así se quedó".

Al terminar su jornada, siempre llega con un sueño que se le revela en el rostro después de dar su última cucharada a la cena que lo aguarda en casa.

A veces esa comida ha sido la única del día y ya no le quedan energías para responder ante los reclamos de que organice mejor sus horarios. "Un amigo de la Facultad siempre me decía: el orden es una virtud de los brutos, nosotros los inteligentes ¡somos desordenados!" Ríe luego de impostar con cariño la voz de estudiante. En sus ojos que miran al techo se refleja un fugaz destello de aquellas épocas. "Es que yo no le tengo miedo al trabajo… Qué puedo hacer pues hijo, los médicos somos malos pacientes. El médico suele ser desapegado a su persona" me dice el hombre que se dedica a la salud pero que se cuida poco. No tarda mucho en agregar "Por eso nunca se casen con una doctora. Los médicos paramos tan ocupados que es mejor que nos casamos entre nosotros mismos. Así, podemos entender nuestro modo de vida que es prácticamente trabajo". Ese comentario le costará unas cuantas discusiones con mamá más tarde. En medio de la conversación, unos tambores y gritos anuncian la arenga "¡Como no te voy a querer!" mi viejo coge su teléfono y todos damos la sobre mesa por terminada.

Muchas veces nos ha tocado escuchar llamadas de agradecimiento. La gratitud de sus pacientes llega hasta nosotros y a través de ese teléfono incalmable nos saca una sonrisa que tarda en irse. Es usual que a las llamadas agradecidas le sigan llamadas desesperadas y en las últimas semanas su teléfono estuvo sonando más que de costumbre, a diferencia de que esta vez el paciente al que le faltaba el aire era su hermano, Fernando.

Quizás fueron las noticias las que nos prepararon ante la idea de que algunos de nuestros parientes médicos podrían salir contagiados de la COVID-19; pero nada nos advirtió que tal idea no deseada, al entrar al plano de la realidad, crecería complementándose con las varias carencias del sistema de salud público: largas colas, el área de emergencias colapsado, falta de oxigeno, equipamiento y personal médico.

Cuando el tío Fernando por fin ingresó al hospital, el saber que ya estaba siendo atendido fue como un pequeño sorbo de calma para todos. Sorbo que escupimos amargo al enterarnos que duró una semana y luego murió. Aún así las llamadas no cesaron. "Yo creo que a todo médico le gusta su trabajo, pero es complicado trabajar con el dolor

de la gente". ¿Cómo haría mi viejo para ahora lidiar con su propio dolor? En las llamadas, la voz de mi tía viuda ya no sonaba tan alarmada como antes. Sino opaca, devastada al igual que sus tres hijos ahora sin padre, mis primos.

Las *video llamadas* fueron el medio para retomar la comunicación con mis primos a raíz de la tragedia. La mala señal de internet apenas me permitía distinguir la tristeza en sus rostros, sus voces ayudadas por el audio entrecortado sonaban agotabas. "¿Qué se puede hacer pues primo? No se puede negar la muerte". Me dice Shamin, que sigue los pasos de su difunto viejo y ya va en el 8vo ciclo de Medicina, pero se toma la muerte como todo un médico egresado; y sinceramente se lo agradezco.

El tema de la muerte está aún muy presente en nuestras cabezas y mi viejo, sin ánimos de aliviarlo, me comenta "Es probable que sea algo genético. Yo he curado a personas que estaban mucho más avanzadas que mi hermano, en peores condiciones y que hoy me agradecen por salvarles la vida". Al finalizar sus palabras no puedo evitar pensar en el supuesto riesgo que corre toda la familia ¿podría ser que una cuestión genética nos juegue en contra? En todo caso tendrían que haber

mas pruebas. “Hoy día falleció mi primo, también de la COVID-19” suelta mi viejo con una voz que pareciera resistirse apagarse. Ahora entiendo su estado pensativo. Destruye el silencio un sonido que ya no nos afecta en nada hace mucho tiempo “Eres mi Perú querido, el país bendito que me vio nacer ¡Como no te voy a querer! ¡Como no te voy a querer!...” Mi viejo contesta el celular.



Serie
TALLERES VIRTUALES

ISBN: 978-612-4395-14-7